



3 1761 07833876 1

BX
1913
M318



8-AGO. 1913

M. R. P. MARÍA ANTONIO

MISIONERO-CAPUCHINO

EL CLERO Y EL PUEBLO

EL MAL—SUS CAUSAS—REMEDIOS
PASADO—EL PRESENTE—EL PORVENIR

Traducido del francés de la segunda edición

POR EL

P. Ramón de Ginés,

Capuchino.



“Amad al pueblo, id al pueblo; librad al pueblo de los mentirosos que le engañan y de los malvados que le oprimen.”—

León XIII,

2.^a EDICIÓN

JEREZ DE LA FRONTERA

Establecimiento tipográfico de Salido Hermanos.

San Cristóbal, 16.



8-AGO.1913

El Clero y el Pueblo.

C. Social
Religiosa

M. R. P. MARÍA ANTONIO

MISIONERO CAPUCHINO

EL CLERO Y EL PUEBLO

El Mal—Las Causas—El Remedio
El Pasado—El Presente—El Porvenir

8-AGO-1913

Traducido del francés de la segunda edición,

POR EL

R. P. Ramón de Gines

Capuchino.



«Misereor super turbam.»

«Yo tengo piedad del pueblo.»

S. Marcos, 8. 2.

«Amad al pueblo, id al pueblo;
librad al pueblo de los mentiro-
sos que le engañan y de los mal-
vados que le oprimen.»

(León XIII.)

1909.

Establecimiento tipográfico de Salido Hermanos.

JEREZ-SANLÚCAR

658652

8. S. 57

BX

1913

M 318

APROBACIONES

Cuantos Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos é ilustres miembros del Clero secular y regular han leído *este libro providencial*, felicitaron calurosamente á su Autor. Ante la imposibilidad de hacer constar la multitud de merecidísimos elogios dedicados al libro y á su Autor por el Clero francés, sólo insertaremos algunos:

El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Tolosa escribía á su Autor: «.....Si el libro de V. R. no fuese, como es, *un libro providencial*, me bastaría para estimarlo sobre toda ponderación, que haya sido escrito por un apóstol devorado por el celo de la gloria de Dios.....»

† *Francisco Deseado,*

Arzobispo de Tolosa.

El M. R. P. M. Th. Coconnier, Domingo, decía al P. María Antonio: «Vuestro libro será aplaudido por todo católico que conozca los tiempos presentes, y ame á la Iglesia y á la Francia.....»

F. M. Th. Coconnier,

De la Orden de Santo Domingo.

«Nada mejor, le escribía un ilustre Arcipreste, se ha escrito ni dicho en el mundo, que cuanto escribís en vuestro libro, admirable complemento de nuestros Estatutos diocesanos. Su lectura debe servir de alimento diario á los sacerdotes. Yo os doy rendidísimas gracias por haberlo escrito.....»

Un sabio religioso le afirmaba: Encuentro admirable vuestro libro que, sabiamente pensado, desarrollado con gran método y escrito en una lengua tan bella, clara y elegante, resulta un libro magistral.

La Croix escribía el 26 de Octubre de 1899:

«Nada hemos leído, aún, acerca de este tema «*El Clero y el Pueblo*» que reúna tanta sencillez y profundidad, ni tanta elocuencia y claridad.

En este libro se siente palpitar el amor hacia el pueblo. En ningún libro hemos visto expuesta con mayor independencia y claridad la misión del clero francés en los tiempos presentes....

Creemos que el libro «*El Clero y el Pueblo*» ejercerá gran influencia en el porvenir de nuestro país, si los católicos lo propagan y difunden, extendiendo por todas partes el oro y la luz de su doctrina.

Es un sagrado deber.»

APROBACIONES

DE LA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Aprobación del M. R. P. Provincial.

Autorizamos al R. P. Ramón de Gines para imprimir el libro intitulado «*El Clero y el Pueblo*,» el cual, examinado por orden nuestra, ha obtenido censura muy favorable.

Sanlúcar de Barrameda 7 Octubre de 1909.

Fr. Ambrosio de Valencina,
Ministro Provincial.

Aprobación y alabanzas del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de España.

Nos parece muy bien y aplaudimos la feliz y oportuna idea de publicar traducida al castellano por el R. P. Ramón de Gines la interesante obrita, que bajo el título «*El Clero y el Pueblo*» escribió en francés el M. R. P. María Antonio, celosísimo Misionero Capuchino llamado el «*Santo de Tolosa*»; conceptuando, que aunque escrita especialmente para Francia, ha de ser muy conveniente y provechosa su propagación y lectura en nuestra España.

† *Fr. G. M. Card. Aguirre,*
Arzobispo.

Vistas las aprobaciones del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo y del M. R. P. Provincial de la Orden de Capuchinos, concedemos también la nuestra al P. P. *Ramón de Gines*, Guardián del Convento de la misma Orden en Sanlúcar de Barrameda, para publicar la traducción en español del libro intitulado «*El Clero y el Pueblo*,» escrito en francés por el M. R. P. *María Antonio*, llamado «*El Santo de Tolosa*.»

† *Enrique*,
Arzobispo de Sevilla.

Hemos visto la traducción de la importante obrita escrita en francés por el M. R. P. *María Antonio*, celosísimo Capuchino, Religioso de gran espíritu, conocido por «*El Santo de Tolosa*,» titulada «*El Clero y el Pueblo*,» y, aunque escrita especialmente para el Clero francés, creemos que en las circunstancias extraordinarias porque atraviesa nuestra Nación, será de gran utilidad su lectura y propagación.

† *José María*,
Obispo de Cádiz.



EL CLERO Y EL PUEBLO

UNA PALABRA Á NUESTROS LECTORES

Que ¿cómo se nos ocurrió el pensamiento de escribir estas páginas?

LA REVISTA DEL CLERO FRANCÉS, publicada en París, invitó poco ha á sus lectores á dar una respuesta clara y práctica á las tres cuestiones siguientes:

1.^a *¿Ha perdido el Clero en Francia parte de su influencia cerca de los obreros y de los labriegos?*

2.^a *En caso afirmativo, ¿á qué debe atribuirse este mal?*

3.^a *¿Cómo remediarlo?*

Un hijo del Serafín de Asís, amador apasionado del Clero y del pueblo, no podía permanecer indiferente ante una cuestión tan bella, tan interesante y de tanta actualidad; que iba derecha á su corazón. La vida seráfica, que es el más sublime é inefable de los amores, une con la abrazadera de oro de la caridad al Clero y al pueblo; elementos que unidos crean el orden social, y desunidos producen la implacable y devastadora anarquía.

Nuestro corazón se estremeció al ver planteada esta cuestión importantísima, acerca de la cual escribimos estas páginas, más bien á impulsos del fuego del corazón, que iluminados por la inteligencia y la experiencia de la vida.

Escritas con el corazón, deben ser leídas, pues, con el corazón si se quiere, no ya comprender, sino sentir la importancia de estas cuestiones, que son cuestiones de vida ó de muerte.

El triunfo de la Iglesia, la salvación de Francia y de todas las naciones (sobre todo las naciones latinas), mortalmente heridas por los sangrientos zarpazos de la fiera socialista; el fin de nuestras tribulaciones y de las opresiones tiránicas que sufren sus víctimas desgraciadas, el Clero y el pueblo; el advenimiento de un mundo nuevo en el que reinará Cristo, y donde su Evangelio, fielmente practicado, será el Código social universal del mundo; todas las necesidades, en una palabra, de la humanidad satisfechas, y todas sus inmensas y sublimes aspiraciones cumplidas; todas estas santas y grandes cosas tendrán su inefable realización y su perfecta solución en el perfecto cumplimiento del doble deber impuesto por la Providencia al Clero y al pueblo: al Clero, de salvar la sociedad por un amor y una abnegación sin medida al pueblo: al pueblo, de volver á la felicidad y á la vida por una perfecta docilidad y un amor sin medida al Clero.

La salvación del mundo está en esto.

Oigamos á Mr. León Harmel, á quien el pueblo llamaba NUESTRO BUEN PADRE, exclamar con energía en una reunión popular: «Es preciso reconciliar cuanto antes al pueblo con el Clero: ambos han sido hechos para amarse. Si el Clero desaparece, desaparecerá del mundo la libertad, la justicia y el amor. El pueblo necesita, para no ser aplastado, de una fuerza moral que pueda decir con imperio á los reyes: RESPETA LA LIBERTAD; á los gobiernos: RESPETA LA JUSTICIA; al rico: PRACTICA LA CARIDAD.»

Esta fuerza moral se encuentra en el Clero y sólo en el Clero.

Lo hemos dicho y lo repetimos: la salvación de Francia y del mundo sólo está en la unión del Clero y del pueblo. Lo decimos y lo probaremos.

Mas, ¿de qué sirve, Dios mío, decir y probar esto, si vuestra gracia no da á nuestras palabras y

á nuestras pruebas toda la fuerza, la eficacia y la vida? ¿Nos rehusaréis vuestra gracia, oh Dios mío, Vos que soís Amador eterno, y Padre del Clero y del pueblo?

Os la pedimos por María Inmaculada y por San Antonio de Pádua, nuestro seráfico y querido hermano, gran amigo del Clero y del pueblo.

Sí; bendecid estas páginas, escritas sólo y exclusivamente para vuestra gloria, las que someto incondicionalmente á la infalibilidad de la Iglesia y del Pontífice Supremo.

Y vosotros, amados lectores, unid vuestros corazones al nuestro y vuestras oraciones á las nuestras, y, unidos, lancemos al espacio este grito de amor:

¡Viva Jesús!

¡Viva la Iglesia!

¡Viva el Clero!

¡Viva el pueblo tan amado de Jesús y de la Iglesia!

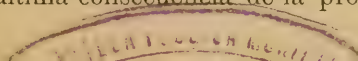




LOS SUCESOS DE BARCELONA Y UN LIBRO PROVIDENCIAL

El mundo se transforma.

Á la venida de Jesucristo se hizo romano para recibir la nueva salud. Hoy el camino de hierro, el telégrafo, la imprenta tienden á hacer de Europa una gran familia; devoran las distancias, mezclan las gentes, borran el carácter especial de los pueblos; van, digámoslo así, á preparar un gran campo donde, acaso, se dé la mayor y más tremenda batalla, que hayan presenciado los siglos. El Antecristo, dice ese libro misterioso que llamamos Apocalipsis, tiene millones de soldados que saltan montañas y traspasan murallas, y por todas partes nos asedian y nos hostigan... Yo me doy á creer que el Antecristo es el espíritu de la revolución que siempre se ha agitado en el mundo; pero que hoy, hecho gigante, saca la última consecuencia de la protesta



de Lutero, del delirio de Rousseau, del sarcasmo de Voltaire, que proclama al hombre Rey, Pontífice, Dios; que ha gritado con Proudhon: «Yo no conozco ningún Dios; la propiedad es un robo; el mejor gobierno es la anarquía que arroja sobre vosotros millones de soldados, es decir, de ideas que se entran hasta lo más secreto de nuestras casas á esconderse en el pecho de nuestros hijos. Ahora sólo hay escaramuzas; vendrá, no lo dudéis, el día, y nos encontrará desapercibidos para la batalla. No os adormezcáis en el regazo de una vana seguridad: esa nube que véis, casi imperceptible, encapotará todo el horizonte.»

Este día, que, hace años, entrevió el gran vidente Aparisi, ha llegado. Aquella nubecilla se ha convertido en tremenda y pavorosa tempestad, que amenaza envolverlo todo, fábricas, palacios, templos, altares y tronos en sangre y lodo. Nada ha respetado en Barcelona la Revolución: ha puesto sus manos airadas, sangrientas y sucias hasta en los cuerpos purísimos de las esposas de Dios, y aún sobre el mismo Dios, al que han escupido y pisoteado en la Hostia santa.

Cuando las hordas bárbaras de la Revolución paseaban insolentes las calles de Barcelona con la tea incendiaria en una

mano y en la otra el puñal homicida ó la piqueta demoledora, quemando templos, destruyendo conventos, incendiando bibliotecas, arrasándolo todo, y la prensa nos traía estas noticias desoladoras, nos mirábamos atónitos, aturdidos, como preguntándonos ¿qué pasa? Aún hoy, que se ha apaciguado (aparentemente nada más) el furor revolucionario, al contemplar tantas ruinas hacinadas por los impíos, y tanta grandeza secular convertida en polvo, nos miramos tristes... silenciosos... como diciendo: ¿qué es esto? Y al recordar estas palabras de Veuillot «el infierno vomita un incendio, pero ese incendio acaso es un faro,» no he podido menos de contestar á los que me miraban aterrados: *Que en Barcelona Dios levanta un faro*, para que los reyes que no le adoran, los gobiernos que no le alaban, el pueblo que no le ama y los sacerdotes que no le sirven, vean á la claridad de su rojiza luz la profundidad insondable de los abismos que la irreligión ha abierto en España; con lo que la voz de su Justicia, parece decirnos á todos, sacerdotes, reyes, pueblo y gobiernos: «*Hay que cegar esos abismos, porque en ellos hierve el fuego devorador del odio que convertirá en cáos á vuestra España.*» ¡Ay de los cobardes y de los traidores! Ellos serán las primeras víctimas de la Revolución.

Á todos espanta la gravedad del mal, y todos claman su remedio. Sabios, filósofos, economistas, políticos y publicistas no piensan en otra cosa; mas, para ello es necesario conocer el mal en su origen; y nadie mejor que M. Pelayo ha sabido sintetizar la gravedad del mal, su naturaleza y su origen en las siguientes líneas, que debieran meditar constantemente cuantos insensatos se ponen en las alturas de la Filosofía ó de la Política á resolver esta cuestión, sin mirar al cielo. ¡Desgraciados!...

«España, dice este sabio ilustre, evangelizadora de la mitad del Orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones ó de los reyes de Taifas.

Á este término vamos caminando más ó menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante ¡y sistemática labor para producir *artificialmente* la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de sér nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter se conserva ileso, y sale á la superficie, cada día con más pu-

janza. Todo elemento de fuerza intelectual se pierde en infecunda soledad, ó sólo aprovecha para el mal. No nos queda ni ciencia indígena, ni política nacional, ni, á duras penas, arte y literatura propia. Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de lo que en otras partes vemos aclamado. Somos incrédulos por moda y por parecer hombres de mucha fortaleza intelectual. Cuando nos ponemos á racionalistas ó á positivistas, lo hacemos pésimamente, sin originalidad alguna, como no sea en lo extrafalarario y en lo grotesco. No hay doctrina que arraigue aquí: todas nacen y mueren entre cuatro paredes, sin más efecto que avivar estériles y enervadoras vanidades, y servir de pábulo á dos ó tres discusiones pedantescas. Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en la muchedumbre de los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades; y aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo, porque (á no estar dementado como los sofistas de cátedra), el español que ha dejado de ser católico, es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo. De esta escuela uti-

litaria suelen salir los aventureros políticos y económicos, los arbitristas y regeneradores de la Hacienda y los salteadores literarios de la baja prensa, que, en España, como en todas partes, es un cenagal fétido y pestilente. Sólo algún aumento de riquezas, algún adelanto material, nos indica, á veces, que estamos en Europa, y que seguimos, aunque á remolque, el movimiento general.»

Y estos aventureros políticos y económicos, arbitristas y regeneradores de la Hacienda y salteadores de la baja prensa, que es un cenagal pestilente, son los que llevan á cabo en nuestra desgraciada España la obra nefasta de nuestra ruina social y moral, de nuestra destrucción nacional, y, lo que es peor..., de nuestro envilecimiento, arrebatando del corazón del pueblo la fe cristiana é implantando en él la irreligión, fuente y origen de todo mal; porque la irreligión, que hace tiranos á los reyes, soberbias á las aristocracias, insolentes á las muchedumbres; que enciende la tea del odio en el corazón y despierta en el alma sed de caníbal; que destruye hasta la última piedra del áureo palacio de la sabiduría, y seca los riquísimos veneros del arte y literatura; que levanta á los pueblos en guerra sangrienta, y lanza al hombre contra el hombre, al pueblo contra el pueblo,

á la nación contra la nación; y á la nación, al pueblo y al hombre contra Dios, es el cierzo helado que precede siempre á la muerte de las naciones.

Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin un mismo sacrificio, sin juzgarse todos hijos de un mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ser visible sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico que él establece con sus hermanos y consagra con el óleo de la justicia, la potestad que él delega para el bien de la Comunidad, y rodea con el cingulo de la fortaleza al guerrero que lidie contra el enemigo de la fe ó el invasor extraño; ¿qué pueblo habrá fuerte? ¿Qué pueblo, dice *M. Pelayo*, osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos sin ser tragado por el abismo de la anarquía? Esta unidad se la dió á España la fe, y se la ha arrebatado la irreligión.

De aquí, que al arrancar la idea de Dios del corazón del pueblo español, que al dejar de ser católico es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y prác-

tico, las más de las veces burdo, egoísta y groserísimo, han conseguido estos impíos pervertirle, desconcertarle, viciarle, haciendo crecer como la espuma todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter.

De todo lo cual se deduce: que la irreligión es la causa del estado pravisimo, anárquico en que se encuentra España: que los responsables ante Dios, ante España y ante el mundo de tantas ruinas y tanto mal, son los propagandistas impíos, que van derramando el veneno de la irreligión en el corazón del pueblo, y los gobiernos liberales que protegen la nefasta propaganda de éstos, amparándola por todos los medios posibles, y encadenando al Clero, separándolo del pueblo, para que el pueblo no pueda recibir de él la luz salvadora de la verdad, y ser así mejor engañado y pervertido por los impíos.

¿Cómo, preguntan muchos, nos opon-dremos á la acción satánica de estos impíos, y reconquistaremos el pueblo para Dios? Esta pregunta me hacía yo, cuando vino á mis manos un libro del P. María Antonio, Capuchino francés, llamado en Francia *El Santo de Tolosa*, titulado «*El Clero y el Pueblo*» que, escrito por un santo, es un libro providencial. Y como existe gran semejanza, ó mejor dicho, comple-

ta igualdad entre los males gravísimos que padece Francia y los que sufre España, este libro no sólo es en Francia, sino que será en España *Un libro providencial*. Esta creencia me ha movido á traducirlo y darlo á luz.

No busquéis el oropel de la vana sabiduría de los soberbios en él, que no lo encontraréis. Este libro sólo contiene en sus páginas el aquilatado oro de la verdad que Cristo dejó en su Evangelio para salvar al mundo. Si este libro fuese en España y en Francia como un *Plan de vida* ó *El Reglamento del Clero secular y regular*, seguramente que muy presto, en este sangriento combate que los impíos libran contra Dios, y en el que nosotros, los sacerdotes, caemos diezmados, ahogados en nuestra propia sangre, la victoria se inclinaría á nuestro favor, y sobre las ruinas y despojos palpitantes de nuestros enemigos, el pueblo desengañado, el noble y leal pueblo pondría sobre nuestras sienes la corona de laurel, y los ángeles del cielo cantarían, al vernos victoriosos, como en el Portal de Belén, después de la lucha suprema entre Dios y el Paganismo. ¡Gloria á Dios y paz á los hombres!... ¡Así sea! ^{(1) *}

El Traductor.

(1) Cuanto dice el P. M.^o Antonio en este libro acerca del Clero, dícelo del Clero francés; y paréceme muy oportuno hacer constar, al traducirlo al castellano, que algunos de los defectos que en él se señalan, no se pueden imputar generalmente, con justicia, al Clero español, en el que hoy existe una mayoría ejemplar, digna de todo aplauso, y animada de los mejores deseos en la árdua empresa de procurar la gloria de Dios y salvación de las almas. —N. DEL T.

El Clero y el Pueblo.

PRIMERA PARTE

EL MAL

PRIMERA CUESTIÓN

¿Ha perdido el Clero en Francia, parte de su influencia cerca de los obreros y de los labriegos?

¡Imposible negarlo...! Lo confesamos con lágrimas: «*Et flens dico.*» Oid las palabras de un miembro del Clero, amigo entusiasta del pueblo, con las que encabeza un libro de oro, en el que se ocupa del bienestar de los obreros y de los labriegos: «Los hombres abandonan nuestras iglesias, las familias olvidan las tradiciones religiosas, el Clero, desconsiderado por los ataques incessantes, va perdiendo, cada día, parte de su influencia: tal es la afirmación amarga, que sale de los labios de los sacerdotes y de los seglares cristianos. El veneno de la indiferencia y de la impiedad no se infiltra gota á gota en el espíritu de nuestros pueblos,

sino á oleadas; la fe es destruida en sus fundamentos, y porque no se escucha al sacerdote, el torrente devastador lo arrastra todo.»

Cuando la cabeza está mala, ¿qué extraño es que el cuerpo lo esté? Y cuando los que gobiernan hacen la guerra al Clero, ¿qué extraño es que el pueblo se la haga á su vez?

Tan inmensa y satánica es hoy la acción devastadora de la impiedad que, al decir de Luis Veuillot, «el musulmán y el fetiche están, desde hace años, menos lejos del Evangelio que las tres cuartas partes de nuestros hombres de Estado, de nuestros publicistas y de todos los que componen el *país oficial*.»

El valiente publicista hablaba así antes que el gran agente de Satanás bubiese dado su famoso grito de guerra: «*El clericalismo; hé ahí el enemigo*.»

¿Qué diría, hoy, si tuviese en la mano su valiente pluma?

El choque de las ideas y de las pasiones es tan formidable, desde hace un siglo, que los dos elementos indispensables del orden social, el Clero y el pueblo á los que unidos estrechísimamente desde el origen de nuestra nacionalidad, se les debe la virilidad y grandeza de nuestra raza, se encuentran hoy separados por grandes y, al parecer, infranqueables abismos.

En ninguna época, al decir de uno de nuestros más elocuentes Obispos, ha habido cambios más dolorosos y profundos. Con estos cambios la Iglesia ha perdido terreno en el corazón del pueblo, y el terreno perdido lo han conquistado las sectas satánicas, para envilecer y tiranizar al pueblo.

El mal no es de ayer: á fines del siglo XVIII, los enciclopedistas franceses se separaron de la Iglesia, á la que declararon sangrienta y empeñada guerra; y á fuerza de calumnias groseras contra ella, y de hipócritas promesas, lograron separar por grandes abismos al Clero y al pueblo.

El Clero debió franquear esos abismos, aunque hubiese tenido que cegarlos con su sangre, para recuperar el terreno perdido y conquistar de nuevo el corazón del pueblo. Pero no lo hizo así: vióle alejarse con culpable indiferencia, y lejos de ir á él para atraerlo de nuevo, se inclinó, sobre todo el alto clero, hacia la Corte y se le hizo solidario, siendo, al cabo, envuelto y arrastrado por el mismo devastador torrente que envolvió y arrastró á aquella, al desencadenarse furiosa la tempestad imponente de la Revolución.

* * *

Mas, sin remontarnos tan alto, veamos lo que ha pasado, ante nuestros ojos, en

este mismo siglo. Los hechos son mil veces más elocuentes que las palabras.

Estos hechos, no los hemos leído en libros, ni los hemos oído referir; los hemos contemplado con nuestros propios ojos. Desde hace medio siglo ejercemos en Francia un largo y continuo apostolado; y durante este tiempo, hemos visto, con indecible amargura, disminuir progresivamente la influencia del Clero en nuestras masas populares; y hemos experimentado un dolor profundo, el mayor de nuestra vida, al seguir paso á paso las etapas del siglo que acaba, y ver en él muy marcada, la marcha descendente de esta saludable influencia.

Nacimos al terminar el año 1825, cuando estaba Francia en plena restauración, gozando las delicias de una paz completísima. El Clero era dueño absoluto del corazón del pueblo. La aristocracia, purificada por la prueba tremenda y aterradora de la Revolución, se había hecho cristiana: sólo la burguesía, enriquecida injustamente con los bienes de la nobleza y de la Iglesia, llevaba en sus venas el virus volteriano y revolucionario. El pueblo era aún más cristiano que la aristocracia, y Francia tenía un solo corazón y una sola alma, para obedecer y amar á los sacerdotes.

Mas, al estallar la Revolución de 1830 y

triunfar la burguesía volteriana y revolucionaria, dejáronse sentir al punto los efectos de su ponzoña; y aunque su virus no debía producir los dolorosísimos estragos en el pueblo hasta 30 años más tarde, en el ocaso del Imperio, comenzó, sin embargo, en esta época tristísima, marcada en la historia con la sangre de innumerables víctimas segadas por la hoz implacable de la Revolución, la obra devastadora de la impiedad. Para esto era preciso un populacho insolente, nacido sobre el corrompido cadáver del imperio; y en esta época los vicios de los grandes corrompían el cadáver de la realeza, en cuya podredumbre hervían los gérmenes de la República impía, creada por nuestros francmasones, al parecer, sólo para blasfemar de Dios, odiar á Cristo, perseguir á la Iglesia, tiranizar al pueblo y dejar tras sí ríos de sangre, ruinas hacinadas y vergonzoso cieno.

En 1848, el pueblo no era aún impío, ni revolucionario; llamaba todavía á los sacerdotes para que bendijesen sus árboles de libertad ⁽¹⁾, y llevaba en triunfo por las ca-

(1) Árboles plantados ó transplantados en las plazas ó lugares más concurridos de las poblaciones para conmemorar el triunfo de los principios de la libertad y democracia. Fueron comunes en Francia en los días de la primera República, y se dice que el primero que plantó un *árbol de la libertad* fué Norberto Pressac, cura de Saint Gaudens, en Mayo de 1790. Dos años después había más de 60.000. Cuidábaselos con gran esmero y casi eran objeto de la veneración popular. Cortar uno de ellos era un crimen de lesa nación. En 5 de Sep-

lles de París el Santo Cristo gritando con amoroso entusiasmo: Ved ahí el único Maestro.» (1)

Pero abiertos los abismos de la irreligión, el espeso humo que salía por sus negros cráteres oscureció poco á poco el brillo de la fe, y emponzoñó el ambiente que se respiraba «*Et obscuratus est sol et aer de fumo putei.*» De las logias masónicas salió, formada en legión, la horda de los secuaces de Satán, con la consigna de separar con astucia al Clero del pueblo, corrompiendo á los obreros y pervirtiendo á los campesinos. Y lograron de tal modo su intento, que cuando el Imperio, altamente culpable, recibió aquel tremendo castigo de los prusianos, se le hizo creer al pueblo que los sacerdotes traicionaban la Patria y pagaban á sus enemigos, con lo que perdieron la fe y con ella el sentido común.

tiembre de 1793 nueve personas fueron condenadas á muerte en Ruán porque habían excitado á la rebelión y serrado el árbol de la libertad. Durante el Consulado y el Imperio desaparecieron muchos; pero aún quedaban bastantes cuando llegó la Restauración. El gobierno de los Borbones mandó arrancarlos todos. En 1848 reaparecieron con profusión estos símbolos. Al año siguiente, el ministro del Interior, Faucher, dió orden de arrancarlos, y la orden se cumplió, no sin protesta armada y tumultos en varias localidades.—N. del T.

(1) El Autor refiere aquí algunos hechos conmovedores para confirmar esta verdad, los que omitimos en la traducción, porque, verificados en Francia, no nos ofrecen gran interés, y, referidos á modo de inciso, por lo numerosos, hacen oscura y poco comprensible la demostración de esta primera cuestión.—N. del T.

De la frialdad, pasaron los obreros y labriegos al desamor; y del desamor al odio; y, cinco años después, oyóse en toda Francia este grito infernal: «*El clericalismo es el enemigo.*» Grito, que repitió el pueblo en medio de aplausos. El mal estaba consumado en su corazón, y la ruptura del Clero y del pueblo era completa. Sí; ¡completa! Y desde este momento, los obreros y campesinos sacudieron el yugo de la fe, revelándose contra la autoridad sagrada, que le pareció opresora y tiránica, desde que le enseñaron sus enemigos á odiar lo que ellos llamaban «*El gobierno de los Curas.*» Desde entonces comenzó la deserción en nuestras iglesias, las blasfemias en las calles y plazas, la deslealtad é ingratitud en la sociedad doméstica y civil, y el odio en todas partes.

Estos son los hechos. Tenemos el dolor inmenso de haber sido testigo ocular. Hemos visto á los mismos obreros que, años antes, nos aplaudían en la plaza del Capitolio de Tolosa en una fiesta popular, que nos seguían por las plazas y calles durante las alegres fiestas de Santa Gérmána, cantando cánticos piadosos, insultar después á los religiosos y sacerdotes, echando por tierra la estatua de la Santa.

El que haya estado fuera de Francia cincuenta años, al volver hoy ¿conocería á nuestros obreros y labriegos en un tiempo

tan católicos? Cuán sublime es el lienzo de Millet titulado «*El medio día!*» El sol brilla desde su zénit: en la humilde torre de la ciudad, la campana toca el *Ángelus*: los trabajadores interrumpen sus faenas, los hombres se descubren, las mujeres se inclinan profundamente, y de todos los corazones sale una tierna plegaria á la Virgen querida.

Este cuadro admirable representa á nuestros obreros y labriegos de autañ. Mas hoy tienen en sus corazones, en vez de la ardiente fe, la incredulidad, y en su boca la blasfemia y la injuria. Ya lo véis; el pozo del abismo está abierto, y las legiones infernales, como ha dicho León XIII, llenan el mundo.

Estos son los hechos. ¿No tenemos, pues, razón para decir respondiendo á la primera cuestión: «El Clero de Francia ha perdido parte de su influencia cerca de los obreros y aún de los labriegos? ¡Ay! sí; es una triste realidad! Lo digo con indecible amargura.⁽¹⁾

Pasemos á la segunda cuestión.

(1) Lo que sucedió en Francia, hace años, cuando las sectas satánicas gritaron al Pueblo «El Clericalismo es el enemigo», «Abajo el gobierno opresor de los Curas», sucede en España hoy que los impíos hablan, escriben y gritan contra el Clericalismo, contra la reacción y los gobiernos inquisitoriales. Tan incesante y profunda es la labor de los emisarios de Satanás en España, que han conseguido en poco tiempo ahogar en el corazón nobilísimo y leal del pueblo el amor que tenía á los sacerdotes y encender el fuego del odio contra ellos. ¡Pobre pueblo...! Y, aunque cuesta indecible amargura decirlo, es cierto, que, como en Francia, en España, el Clero ha perdido parte de su influencia cerca de los obreros y labriegos.—N. del T.



SEGUNDA PARTE

LAS CAUSAS

SEGUNDA CUESTIÓN

En caso afirmativo, ¿á qué causa obedece este mal?

Antes de responder, creo necesario explicar brevemente, sin lujo de detalles, ya que esta obrita no tiene pretensiones de ningún género, sino es la aspiración sublime de levantar el pueblo á Dios, la extensión de esta palabra «*Causas*,» para mejor entender esta segunda cuestión; que no es poco conocerlas. ¡Dichoso aquél que puede conocer las causas de las cosas, exclamaban los antiguos!: *¡Felix qui potuit rerum cognoscere causas!*»

¿Cuál es en ellas la acción de Dios y del hombre? Este es un problema de los más arduos de las ciencias filosóficas y teológicas. El genio de la filosofía y teología, San Agustín, lo resuelve admirablemente al decir, que Dios queriendo honrar al hombre, creándole á su semejanza, le dotó de libre albedrío; mas no quiso se escapase á su im-

perio: «*Munerans libero arbitrio ut tamen reget imperio.*» El hombre puede abusar de su libre albedrío, y abusa á su placer con menoscabo de la gloria de Dios y á costa de su propia felicidad, alterando la naturaleza, en la que introduce el desorden que atenta contra Dios, y produce el mal que á él le hace esclavo de todas las tiranías.

Dios puede impedir el mal; pero ha creído más conveniente, para su gloria y bien de sus elegidos, convertir el mal en bien, que impedir haya mal alguno: «*Melius enim judicavit de malis bona facere, quam mala nulla esse permittere.*» No nos extrañemos, exclama el Santo, que si Dios deja la vida y el poder á los malvados, es porque el cieno que ellos dejan tras sí, en sus manos divinas se convierte en mundos de santidad, mediante la prueba, que es el fuego con el que Dios acrisola á sus santos: «*Omnis malus aut ideo vivit ut corrigatur, aut ideo vivit ut per eum bonus exerceatur.*»

San León el Grande afirma: «que los Judíos, al cometer el crimen de crucificar á Jesús, contribuyeron á los designios inefables de Dios en la obra de la Redención»: «*Dum proprio incumbunt sceleri, famulati sunt Redemptori.*»

Los hombres se agitan y revuelven sobre la tierra. A veces levántanse hasta el

Cielo en su sed insensata de gloria, disputando á Dios el cetro de su realeza; pero, cuando Dios quiere, con sólo mirarlos, retroceden sumisos como retroceden deshechas las olas hirvientes del mar con sólo tocar la enhiesta roca de la playa, y llegan sólo hasta donde Dios quiere.

Cuando parece que Dios duerme, es que espera; y su paciencia es el preludio inefable del himno sublime de su voluntad... de sus mandatos. Sólo así se comprende la paciencia de Dios en presencia de los malvados y de las ruinas que ellos acumulan.

Después de estas consideraciones generales, entremos en detalles y hablemos de las causas segundas, es decir, de la parte que Dios deja al hombre en los acontecimientos.

Estas causas son *directas* ó *indirectas*. Las primeras son premeditadas y puestas directamente con un fin determinado; las segundas no son queridas directamente, pero por falta de previsión resultan igualmente desastrosas. Las primeras son puestas por nuestros enemigos con un fin determinado; las segundas ¡ay! por el mismo Clero. Indiquemos sucesivamente las unas y las otras.

I. Causas directas, queridas y puestas por nuestros enemigos.

Acabamos de ver las ruinas hacinadas en los espíritus y en los corazones de los obreros y labriegos de nuestras ciudades y campiñas: en los espíritus, las ruinas de la fe; en los corazones, las ruinas de la virtud. ¿Quién ha acumulado tantas ruinas? ¿Un solo hombre, sembrador de cizaña, como dice el Evangelio: «*Iminicus homo hoc fecit*»?... No; ningún hombre es capaz de hacer, ni tiene capacidad suficiente para concebir, ni fuerza necesaria para llevar á cabo obra tan perversa y desoladora. Satanás sólo es suficientemente fuerte, astuto y poderoso para ejecutarla. Para ello, trabaja sin cesar, en sus logias masónicas, sus oficinas, donde comunica á sus secuaces el plan de batalla ideado por él contra Jesucristo y su Iglesia. Y como sabe que no podía, en manera alguna, triunfar sin separar el Clero del pueblo, ha abierto entre ellos grandes abismos, llenando su corazón de odio contra el Clero. Tal es el plan que sigue con perseverancia y habilidad satánicas.

Veamos los medios empleados por él para llevar á cabo tanto mal; medios, que son las causas directas puestas por nuestros enemigos.

Primera causa.—*La enseñanza atea y la mala Prensa.*

El pueblo pertenece al que lo instruye. Nuestros enemigos lo saben; ellos se han apoderado, ante todo, de la enseñanza del pueblo.

Satanás se ha hecho maestro de escuela y periodista. Antes de la Revolución, la enseñanza pertenecía al Clero. ¿No había recibido sólo él esta misión divina? Á él, y sólo á él dijo Cristo: *id y enseñad.* «*Euntes, docete*» y le prometió su divina asistencia hasta la consumación de los siglos, para poner al mundo infaliblemente en absoluta y completa posesión de la verdad, que produce la armonía y el orden en todos los órdenes de la vida. Sin Sacerdocio no hay magisterio infalible, y sin infalible magisterio no es posible armonía ni orden alguno.

Por ese instinto natural que aleja al pueblo de cuanto le pierde, ó le acerca á todo lo que le engrandece y salva, el pueblo se echó en brazos del Sacerdocio, que en las grandes ciudades, en las Academias, Universidades y Colegios; y en las aldeas, en las Parroquias, le enseñaba la ciencia cristiana, que engrandece y eleva al hombre sin los riesgos de las grandes caídas, cuando se sube á grandes alturas; porque antes de elevarlo le hace conocer el polvo mise-

rable y vil de que fué hecho. Y los sabios y los obreros de las grandes ciudades, y los campesinos de las aldeas vivían envueltos entre los purísimos fulgores de la luz de la fe: cada hogar era un santuario donde Dios tenía sus delicias; y el pueblo por la comunicación sobrenatural con Él, gozaba de las mismas embriagadoras delicias de la Divinidad y poseía un tesoro de sentido práctico, que en vano se busca hoy en nuestros grandes sabios y eminentes académicos.

Hoy se da á nuestro siglo el nombre pomposo del *siglo de las luces*... ¡Qué sarcasmo!... Su verdadero nombre es *siglo de las grandes locuras y de los grandes rebajamientos*. ¿Qué importa que el hombre perfeccione la materia, si él se envilece y corrompe? Las escuelas sin Dios son fábricas de monstruos sin nombre, donde se enseña al niño á maldecir y odiar, y se despiertan en su corazón instintos sanguinarios. Jamás he sido insultado en las calles de Tolosa más que por ellos... Ved lo que han hecho del pueblo con la enseñanza láica y escuelas sin Dios los secuaces de Lucifer.

* * *

Segunda causa.—*La corrupción de las costumbres.*

Como surgen del abismo las tinieblas que oscurecen el brillo del sol, surgen del

corazón las tinieblas que ciegan la inteligencia. No es la inteligencia sino el corazón corrompido el que hace decir al hombre: No hay Dios. «*Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*» La perversión del corazón precede siempre á la de la inteligencia: de ahí la satánica habilidad en los verdugos del pueblo, de corromper sus costumbres, inoculándole desde sus tiernos años el gérmen del vicio!

El sol debe sentir rubor al tocar con sus rayos el cieno en que se revuelven en las escuelas láicas las almas de los niños; y nuestra pluma se resiste á escribir tales infamias. ¡Bailes de niños, mezcla de sexos, teatros para obreros, lecturas y exhibiciones pornográficas... todo esto entra en su programa como perversión de su miserable enseñanza pedagógica! Y cuando estos pequeños monstruos se emancipan, se les abren las puertas de otra escuela, la del periódico impío, donde se completa la obra de su perversión. De la escuela láica salen incrédulos; el periódico los hace impíos y criminales. ¡En el Sur lleva el periódico el nombre de *Dépêche* (Telegrama), para indicar la precipitación con que este pueblo ciego y hambriento se arroja sobre el cebo mal sano que á diario le proporciona la prensa. Pero tan ciegos ó más que él son los agentes de Satanás, que le administran el vene-

no; porque no ven que ellos son siempre sus primeras víctimas. Ellos dicen al pueblo: «*El clericalismo es el enemigo.*» «*No hay Dios!*» «*No son necesarios los curas!*» Y el pueblo contesta: «No necesitamos de burgueses ni de amos!...» Y armado con el puñal y la dinamita se lanza sobre ellos. Cuando se siembran vientos, se recogen tampestades. ¡Pobres burgueses! ¿qué va á ser de vosotros? Oíd á Lucheni, el asesino de Génova. Apenas oyó la fatal sentencia de su condenación, exclamó: «*¡Mueran los burgueses!*» «*¡Viva la anarquía!*» Así contesta á nuestros burgueses el pueblo que ellos han corrompido y pervertido con la prensa impía, con los malos ejemplos y con las escuelas sin Dios.

* * *

Tercera causa.—*Opresión del Clero por el Estado.—El salario del Sacerdote.—Derechos de estola.—Dinero de las sillas.—Expulsión de los Sacerdotes de los establecimientos benéficos.—Prohibición de dar limosna á los pobres.*

Sintetizamos en un solo párrafo todo estos enunciados, porque son el resultado de una misma satánica conspiración. Caminar despacio, pero con pasos seguros; no ahogar al Sacerdote en su sangre, porque sería

demasiado notorio y muy glorioso para él, sino empobrecerlo, hacerle morir de hambre, y sobre todo envilecerlo, ahogándolo en el lodo; enaltecer mucho al rabino judío y ministro protestante; y hacer que pierda toda su influencia el Clero católico, sobre todo entre los obreros y campesinos... Tal es, como hemos dicho ya, el plan satánico seguido por la francmasonería con una persistencia y una habilidad que el hombre sería incapaz de concebir sin auxilio de Satanás.

Todas las envenenadas flechas, dirigidas al corazón de la Iglesia en este siglo, le han sido disparadas por la francmasonería, hija de Satanás. Esta es la que ha inspirado los Artículos orgánicos añadidos subrepticamente al Concordato, para poner trabas á la acción salvadora del Clero, sujetándolo á la Autoridad Civil. Ella es la que, después de arrebatarle todos sus bienes, ha querido tratarle como á un asalariado, para tenerlo sujeto y hacerle odioso al pueblo, y le ha prescrito las obvenciones para que el pueblo le deteste; mientras que ha pagado con largueza al ministro protestante, para hacerle pasar como abnegado á los ojos del pueblo. Ella es la que ha despojado las iglesias y ha puesto á las fábricas en la precisión de recurrir á la industria de las sillas, á fin de hacer pasar á la Religión Ca-

tólica como una «*religión metalizada*.» Ella ha querido monopolizarlo todo; mas, como no ha podido apoderarse por completo del magisterio del Clero y del ejército, de ahí su coraje y su furor. Ella es la que ha separado al Sacerdote del pobre, hijo predilecto de su corazón, alejándolo de los establecimientos de caridad y beneficencia; y en su locura de pretenciosa tiranía, ha querido prohibir al Sacerdote, aún en sus iglesias, toda colecta de limosnas para los pobres, que es lo mismo que impedir á un padre que alimente á sus hijuelos.

¿Qué pensáis de esta satánica habilidad? Es un pasmoso milagro que el Clero francés no esté aniquilado!... Y es preciso que Dios ame mucho á Francia, y que el subsuelo sea profundamente católico, para que allí la Religión Católica esté de pie, y de su seno surja siempre una legión de sacerdotes, de misioneros, de apóstoles y de santos.

(1) Á medida que iba traduciendo este libro hermosísimo y providencial ocurríanse ideas y recordaba párrafos elocuentísimos de nuestros eminentes publicistas Balmes, Aparisi y Donoso, suficientes para demostrar la identidad que existe entre los males gravísimos de Francia y los de Espa-

(1) Nota del Traductor.

ña, producidos por unas mismas causas. Y aunque me he abstenido de explicar estas ideas, y de citar aquellos párrafos, por el deseo (muy natural, tratándose de una simple traducción) de presentar el libro como salió de las manos de su autor, no puedo resignarme, al llegar á la Tercera Causa directa de los males antedichos, á dejar de intercalar entre el oro de la sabiduría y elocuencia del P. María Antonio algunas riquísimas perlas de la pasmosa sabiduría de M. Pelayo, con que puedan ver, aún los más miopes, que la desamortización en Francia y en España ha sido y es el gran ariete con el que la Masonería asesta sus tremendos golpes á la Iglesia.

Dice este ilustre sabio: « . . . Golpe singular de audacia y de fortuna (aunque » no nuevo y sin precedentes en el mundo), » fué aquel de la desamortización. Hasta » entonces, nada más impopular, más in- » comprensible, ni más sin sentido en Es- » paña que los entusiasmos revolucionarios. » Diez años había durado, con ser pésimo á » toda luz, el gobierno de Fernando VII, y » no diez, sino cincuenta hubiera durado » otro igual ó peor, si á Mendizábal no se le » ocurre el proyecto de aquella universal li- » quidación. Todo lo anterior era retórica » infantil, simple ejercicio de colegio ó de » logia; y conviene decirlo muy claro: la

» revolución en España no tiene base doc-
» trinal ni filosófica, ni se apoya en más
» puntales que el de un enorme despojo y
» un contrato infamante de compra y venta
» de conciencias. El mercader que las com-
» pró, y no por altas teorías, sino por salir,
» á modo de arbitrista vulgar, del apuro del
» momento, es el creador de la España nue-
» va, que salió de sus manos amasada con
» barro de ignominia. ¡Bien se la conoce el
» pecado capital de su nacimiento! Quéde-
» se para mozalbetes intonsos que hacen
» sus primeras armas en el Ateneo, hablar
» de la eficacia de los *nuevos ideales* y del
» poder incontrastable de los *derechos de la*
» *humanidad*, como causas decisivas del
» triunfo de nuestra revolución. *Sunt verba*
» *et voces, protereaque nihil*. ¡Candor insig-
» ne, creer que á los pueblos se les saca de
» su paso con prosopopeyas sesquipedales!
» Las revoluciones se dirigen siempre á la
» parte inferior de la naturaleza humana,
» á la parte de bestia (más ó menos refina-
» da ó maleada por la civilización) que yace
» en el fondo de todo individuo. Cualquier
» *ideal* triunfa y se arraiga, si andan de por
» medio el interés y la concupiscencia, gran-
» des factores en filosofía de la historia. Por
» eso el liberalismo del año 35, más exper-
» to que el de 1812 y aleccionado por el es-
» carmiento de 1823, no se entretuvo en

» decir al propietario rústico ni al urbano:
«Eres libre, autónomo, señor de tí y de tu
» suerte, ilegislable, soberano, como cuando
» en las primitivas edades del mundo an-
» dabas errante con tus hermanos por la
» selva, y cuando te congregaste con ellos
» para pactar el contrato social.» Sino que
» se fué derecho á herir otra fibra que nun-
» ca deja de responder cuando diestramen-
» te se la toca, y dijo al ciudadano: «Ese
» monte que ves, hoy de los frailes, mañana
» será tuyo, y esos pinos y esos robles cae-
» rán al golpe de tu hacha, y cuanto ves de
» río á río, mieses, viñedos y olivares te
» rendirá el trigo para henchir tus trojes, y
» el mosto que pisarás en tus lagares. Yo te
» venderé, y si no quieres comprarle, te re-
» galaré ese suntuoso monasterio, cuyas pa-
» redes asombran tu casa, y tuyo será has-
» ta el oro de los cálices y la seda de las ca-
» sullas y el bronce de las campanas.»

«¡Y esta filosofía sí que la entendieron!
» ¡Y este ideal sí que hizo prosélitos! Y co-
» menzada aquella irrisoria venta, que (lo
» repito) no fué de los bienes de los frailes,
» sino de las conciencias de los láicos, sur-
» gió como por encanto el *gran partido li-
» beral* español, lidiador en la guerra de los
» siete años, con todo el desesperado es-
» fuerzo que nace del ansia de conservar
» lo que inicualemente se detenta. Después

» fué el imaginar teorías pomposas que ma-
» tasen el gusanillo de la conciencia; el de-
» cirse filósofos y libre-pensadores los que
» jamás habían podido pensar dos minutos
» seguidos á las derechas; el huir de la Igle-
» sia y de los Sacramentos, por miedo á las
» restituciones, y el acallar con torpe indi-
» ferentismo las voces de la conciencia,
» cuando decía un poco alto que no deja de
» haber Dios en el cielo porque al pecador
» no le convenga. Nada ha influido tanto
» en la decadencia religiosa de España, nada
» ha aumentado tanto esas legiones de es-
» cépticos ignaros, único peligro serio para
» el espíritu moral de nuestro pueblo, como
» ese inmenso latrocinio (¿porqué no apli-
» carle la misma palabra que aplicó San
» Agustín á las monarquías de que está au-
» sente la Justicia?) que se llama desamor-
» tización, y el infame vínculo de solidari-
» dad que ella establece.»

Que la desamortización no fué un medio indirecto importantísimo para moderar la riqueza del clero en beneficio de la agricultura; poner en circulación todas las propiedades afectas al estado eclesiástico, y acumuladas en iglesias y monasterios contra el voto general de la nación; restituir las á los pueblos y familias, de cuyo dominio fueron arrancadas por el despotismo, por la seducción, por la ignorancia y por la falsa

piedad; abolir para siempre el injusto é insoportable tributo de los diezmos, que no se conoció en España hasta el siglo duodécimo, ni se extendió, ni se propagó, sino á la sombra de la barbarie de estos siglos y en razón á los progresos del despotismo papal, como afirma Martínez Marina, en su famosa teoría, especie de Breviario de todos los reformadores de entonces, sino un ardid satánico para formar legiones de soldados *agradecidos* que luchasen sistemáticamente contra la Iglesia, lo da á entender con estas maravillosas palabras el protestante Burke:

«Nosotros los ingleses, si el estado de
» nuestra Iglesia necesitara alguna reforma,
» no confiaríamos ciertamente á la rapaci-
» dad pública ó privada el cuidado de arre-
» glar sus cuentas ni de fijar sus gastos ó de
» ordenar la aplicación de sus rentas. Aún
» no hemos llegado á tanta locura que des-
» pojemos á nuestras instituciones del so-
» lemne respeto que les es debido. Y en ver-
» dad os digo, franceses, que merecéis bien
» todas las calamidades que sobre vosotros
» han caído... Nosotros, los políticos ingle-
» ses, nos avergonzaríamos como de una
» grosera mentira, de profesar con los la-
» bios una religión que desmintiésemos con
» las obras... No, nunca miraremos la reli-
» gión como instituto heterogéneo y sepa-

» rable, cuya defensa puede tomarse ó de-
» jarse, según convenga á las ideas del mo-
» mento, sino como verdad eterna y esencial,
» base y fundamento de la unión indisoluble
» de los asociados. Jamás toleraríamos que la
» dotación de nuestra Iglesia se convirtiese
» en pensiones de la tesorería, sujetas á di-
» laciones y á esperas, ó reducidas á la nada
» por las trabas fiscales. No se nos hable de
» transformar nuestro clero independiente
» en un cuerpo de eclesiásticos pensionis-
» tas del Estado... La Iglesia, en un régi-
» men constitucional, debe ser tan indepen-
» diente como el rey y como la nobleza, y
» tan estable como la tierra en que se
» arraiga, no movediza como el Euri-
» po de las acciones y fondos públicos...
» Cuidamos mucho de no relegar la re-
» ligión (como si fuera cosa que aver-
» gonzase á quien la ostenta), al fondo
» de oscuras municipalidades ó de rústicas
» aldeas. Queremos que en la corte y en el
» Parlamento ostente el honor de su frente
» mitrada; queremos encontrarla á nuestro
» lado en todos los pasos de la vida... Cuan-
» do la nación ha declarado una vez que los
» bienes de la Iglesia son propiedad de
» ella, no puede entrar en exámen ni en
» discusión sobre el más ó sobre el menos,
» so pena de minar los cimientos de toda
» propiedad. Aunque no fuera verdad,

» como lo es, que la mayor parte de los te-
» soros de la Iglesia se emplea en obras de
» caridad, el uso que se hace de las rique-
» zas no es capaz de influir sobre los títulos
» de su posesión. ¿Por qué han de ser más
» sagrados los bienes del duque de La-Ro-
» chefoucault que los del Cardenal de La-
» Rochefoucault? Ni por sueños hemos ima-
» ginado jamás en Inglaterra, que tuviesen
» los Parlamentos autoridad para violar la
» propiedad y destruir la prescripción...
» Nunca será mejor empleada y santificada
» una parte de la riqueza pública, que en
» fomentar el lujo y la esplendidez del cul-
» to, que es el ornamento público, el con-
» suelo público, la fuente de la esperanza
» pública... Entre nosotros no da pena el
» ver á un Arzobispo tener lugar preferen-
» te á un duque, ni á un obispo de Durham
» ó de Winchester gozar diez mil libras es-
» terlinas anuales, ni se alcanza por qué esta
» renta ha de estar peor empleada en sus
» manos que en la de un conde ó un *gentle-*
» *man*, aunque no tenga el obispo tantos
» perros ni caballos, ni gaste con ellos el di-
» nero destinado á los hijos del pueblo.»

Y no creemos calumniar á los misera-
bles políticos que llevan á cabo obra tan
satánica, al afirmar lo que dejamos dicho
cuando en el preámbulo del decreto de 19
de Febrero de 1836 se dice por ellos mis-

mos: «No se trata de una especulación
» mercantil, ni de una operación de crédi-
» to, sino de traer á España la animación,
» la vida y la ventura, de completar su res-
» tauración política, de *crear una copiosa*
» *familia de propietarios, cuyos goces y exis-*
» *tencia se apoyen principalmente en el triun-*
» *fo completo de las actuales instituciones.»*

Con la desamortización, intentaron, por un lado, aquellos impíos despojar al Clero de su santa libertad para que no pudiese trabajar con independencia y sin trabas en la Obra divina de la salvación de las almas; y por otro lado, al señalarle un mezquino salario, y obligarle á exigir á los fieles los derechos de estola para poder vivir, lo hizo odioso al pueblo, que ha creído con esto ver en el Clero una «*Institución egoísta, fría, mercenaria, calculadora y metalizada.*»

¡Cuánta astucia revela este satánico plan!

¿Y habrá católicos que sabedores de esto se alíen ó ayuden á los gobiernos que aplauden la antigua desamortización y maquinan una desamortización nueva?

Piénsenlo bien; y vean que hacer esto, es hacer fuertes y poderosos á los impíos que blasfeman de Dios, que odian á Cristo, que persiguen á la Iglesia, que destrozan el corazón del pueblo, haciéndole infeliz, quitándole toda esperanza en otra vida, donde

se premien sus trabajos: y esto no es lícito á ningún cristiano ni á ningún hombre honrado.

El día que los católicos se convenzan de que los partidos liberales son ejércitos asalariados, pagados para luchar contra la Iglesia y les nieguen todo apoyo, y frente á sus huestes presenten soldados aguerridos, bien disciplinados, dispuestos á vencer ó morir, será nuestra la victoria: porque sólo Dios es el que coloca la corona de laurel en la frente del soldado, y Dios sólo corona á los héroes.

Al contemplar la tremenda y pavorosa tempestad que ruge á nuestros pies hay quienes exclaman: «Para conjurarla y alejar de nosotros el mal necesitamos apoderarnos de la prensa, del gobierno... etc.» Pero, yo digo, para triunfar sólo necesitamos de héroes.

II. Causas mediatas que provienen del mismo Clero.

Desgraciadamente son numerosas. Enumeremos las principales.

* * *

Primera causa.—*El Clero se ha apoyado demasiado en los poderosos.*

Después de aquella tremenda revolución volvió el Clero á Francia; mas salió muy

poco experimentado de aquella dolorosa prueba: ignoraba el inmenso cambio, que se había obrado en los espíritus y en los corazones. Desgraciadamente no lo tuvo en cuenta, y, lejos de tomar al pueblo como punto de apoyo, se apoyó imprudentemente en el trono. Esto no era de extrañar, si se considera que durante quince siglos el trono y el altar en Francia habían permanecido íntimamente unidos. Mas, á pesar de esto, no le era permitido, por ningún concepto, al Clero de Francia, permanecer en los antiguos errores galicanos, ni posponer los intereses de la Religión á los de la dinastía, ni olvidar que la unión de la Iglesia y del Estado es indispensable para la vida de la sociedad, como la unión del cuerpo y del alma para la vida del hombre; pero que toda concesión de la Iglesia al Estado es fatal á la Iglesia, sobre todo en Francia, en la que los ciudadanos por temperamento se inclinan á imitar y seguir al poder.

Nunca debió olvidar el Clero francés, después de la gran lección que acababa de recibir, que la Iglesia debe defender con energía su santa libertad, posponiendo á sus intereses los intereses de los Reyes y de los políticos: que el trono debe vivir del altar y no el altar del trono: que la Iglesia es inmortal y el trono perecedero.

Cuando la cabeza se llena de ideas galicanas se hace incapaz el hombre para conocer los misterios de la justicia de Dios. De aquí que el Clero, en su mayoría galicano, no alcanzase á comprender que el trono había sido castigado, porque no había querido servir al Altar. Desde que Felipe el Hermoso pretendió levantarse contra el Pontificado, ¿no había sufrido Dios con paciencia infinita demasiado tiempo? ¿Qué extraño, pues, que para expiar el crimen de reyes culpables, eligiese Dios las santas víctimas de Luis XVI y Enrique V?

Grandísimo error fué no comprender que el eje de la sociedad había cambiado, y que el verdadero punto de apoyo de la Iglesia no estaba en la realeza sino en el pueblo, en el que estaba la fuerza y el porvenir.

El pueblo recibió en sus brazos con grandísima ternura al Clero en los umbrales de sus templos de vuelta del destierro; mas al desligarse el Clero de estas áureas cadenas, y arrojarse en brazos del Poder adulándolo, se atrajo las iras de todos: las del Poder, porque el Poder abomina de los que claman contra sus vicios; las del pueblo, porque el pueblo odia á los miserables, que por vergonzosa debilidad ó criminal ambición adulan al Poder.

Cuando el Sacerdote busca honores, el pueblo le desprecia: y cuando él desprecia

los honores, el pueblo le exalta. Al volver el Clero del destierro, el pueblo vió en su cuerpo las señales de sus cadenas y le abrazó con grandísima ternura y le escudó con su pecho; mas al verle bajo la Restauración alejarse de él, y adular al Poder, le despreció; y al caer el trono de los Borbones, el Clero se hundió con él en el mismo polvo.

¡Qué lección, y cuán triste recuerdo!

* * *

Segunda causa.—*El Clero no ha empleado la predicación Evangélica adecuada á las necesidades de la época.*

La palabra divina es la red de áureas mallas con la que Dios aprisiona á las almas, para hacerlas soberanamente libres. «*Faciam vos fieri piscatores hominum*» dijo Jesucristo á sus Apóstoles, á los que dió un poder irresistible sobre la naturaleza y una elocuencia mayor que su poder. Al alma se llega, se le enamora y conquista sólo con la palabra divina, y nunca con las sutilezas de una orgullosa filosofía, ni con las frases académicas de una literatura sentimental y romántica, á lo que llama indignado el Apóstol San Pablo *stultitia*.

Dios no puede permitir que su palabra, la que no es sino Él mismo, sea pasto de la

soberbia de quien la predica, y vana curiosidad para el que la oye. Esto sería un horrendo sacrilegio y un infame adulterio; y Dios no puede permitir eso. Nada hay tan grande, ni tan santo como la palabra de Dios.

¡Cuántos predicadores en este siglo por no alcanzar su grandeza la posponen á la fosfórica *garrulería* de los charlatanes, no sin grande ruina en el orden religioso y social; porque muchos de nuestros grandes señores y distinguidas damas vienen á nuestras iglesias, sólo para oír bellos discursos, que no sirven ¡ay! más que para aumentar su soberbia y acallar los gritos de la conciencia que gime al no encontrarse bien en el cieno del vicio. Muchos de nuestros obreros no pudiendo procurarse un sitio en estos concursos, por serles demasiado caro ⁽¹⁾, ó no pudiendo comprender nada, en caso de obtenerlo, se retiran indignados é irritados, al verse faltos del alimento del alma, la palabra divina, y ver profanada la Cátedra sagrada.

El Clero debe, pues, hacer un serio examen de conciencia. Que medite estas her-

(1) En las grandes solemnidades religiosas en Francia, sobre todo en las que se celebran por algún fin benéfico, los fieles pagan la entrada al templo y compran su asiento, ¡como si se tratase de algún espectáculo profano...! y á esta lamentable aunque rara costumbre, se refiere el autor.—N. del T.

mosas palabras de San Francisco de Sales: «Cuando prediquéis, tened en cuenta la condición de las almas y las necesidades de vuestro tiempo; guardad, sobre todo y ante todo, la evangélica simplicidad. Dios me libre que me aparte jamás de la simplicidad, para llenar mi estilo de las palabras pomposas de una elocuencia altiva y afectada.» ¡Oh! qué palabras tan bellas! Si olvidando esto el Clero, falta al obrero y labriego la palabra divina, ¿qué extraño es que éstos estén cada vez más alejados del Clero?

Oíd lo que hemos leído, no sin amargura é indignación, en un libro recientemente publicado por un sacerdote del Clero de París, Doctor en Teología, Licenciado en Letras, intitulado «Ensayos de instrucciones:» «Hemos visto en París desarrollar con un estilo pomposo, hinchado de soberbia, temas de sermones los más raros y pedantes, tratados por predicadores de mucha fama. ¡Parecíame increíble lo que oía! En la parroquia de San Honorato de Eylau, hemos oído durante la Semana Santa á un predicador tratar *De la perfectibilidad de la sensibilidad por el espectáculo de la naturaleza y el Arte...*»

«En San Pedro de Chaillot, también durante la Cuaresma, hemos oído predicar á otro, acerca de *Los derechos del cuerpo so-*

bre el alma y derechos del alma sobre el cuerpo!...»

«No comprendimos nada de lo que dijeron el uno y el otro, y sin embargo, las encopetadas damas estaban entusiasmadísimas... ¡estáticas! Mas, ¿qué bien podían hacer á las almas aquellas deslumbradoras frases, tan vacías como sonoras? Al salir del templo oí exclamar á un abogado ilustre: ¡cuán simple es el orador! Nos ha dicho pomposas frases que diríamos, seguramente, mejor que él, y nada nos ha dicho sobre las verdades cristianas que ignoramos é importa supiésemos!»

El Catecismo ó el Santo Evangelio explicado con sencillez, encierran más bellezas que estos insípidos discursos. Predicar así, es cometer contra los cristianos el mayor de los crímenes, puesto que se les priva de las verdades que necesitan saber para ser felices en el tiempo y en la eternidad: «*Non pavisti, occidisti.*»

* * *

Tercera causa.—*El Clero no ha combatido suficientemente la enseñanza moderna.*

No hay que hacerse ilusiones: la enseñanza moderna de las Universidades conduce á la ruina. La educación cristiana y

la formación moral han perdido su lugar de honor en ellas, y se da toda preferencia á la instrucción llamada social; y ¡qué instrucción! Cultívase la memoria con perjuicio de la razón y del juicio. ¡Triste enseñanza, aún en el orden puramente científico!

Se hacen papagayos ó loros para los exámenes, mas no se cultiva el corazón, ni se hacen hombres de carácter, ni grandes cristianos con convicciones profundas y bien arraigadas, templados para el combate y la lucha, en la que hay que llegar al heroísmo á costa de grandes sacrificios, mediante una fe viva, profunda, bien arraigada, la única que pone sobre la frente del vencedor ó del mártir la corona de laurel.

Las escuelas libres no están suficientemente prevenidas contra la fatal corriente moderna, y la piedad en ellas no es sino aparente, la que se desvanece al primer soplo de las pasiones y al primer contacto del mundo; y esto, en el momento en que la sociedad peligrá.

En estos momentos de combate y de suprema lucha, en que tanto necesitamos de héroes cristianos para defender nuestra fe, hemos visto y asistido con gran dolor á la apostasía de un pueblo que ha abandonado á su Dios para echarse en brazos de la francmasonería, del socialismo y de la anar-

quia!... Necesariamente ha habido en la enseñanza y en la formación religiosa un vicio fundamental, que es preciso conocer para curarlo. «Las escuelas del Estado desde ha 50 años, tienen inspectores francmasones, cuyo fin principal es hacer al niño *librepensador* y *anticristiano*.» A nosotros toca esforzarnos para hacer en nuestras escuelas *verdaderos* y *grandes cristianos*, proporcionándoles cuanto necesiten para la conquista de la tierra y del cielo. ¡Cuán deplorable es nuestra deficiencia en nuestras escuelas! De diez millones de electores en nuestra nación, más de seis millones son agricultores; y, siendo el suelo la patria, no se enseña en las escuelas lección alguna de agricultura. Y en nuestras escuelas de niñas, se cuida muy poco de darles lecciones de administración doméstica. ¿Qué dote más rica la de una mujer, que saber administrar bien su casa? La mujer que ahorra, gana tanto como el hombre en su trabajo. Tiempo es, pues, de que los católicos reformen la enseñanza, haciéndola más religiosa, introduciendo enseñanza de agricultura y administración doméstica, lo que agravaría menos ó resolvería la cuestión social.

Cuarta causa.—*El Clero se ha aseglarado demasiado.*

El Sacerdote debe ir al pueblo, debe interesarse por sus necesidades temporales y espirituales; debe predicarle con simplicidad y caridad evangélicas, y, en una palabra, debe hacerse todo para todos á fin de ganarlos para Dios; pero es preciso que lo haga sin menoscabo de su dignidad sacerdotal.

El Sacerdote, ante todo, debe ser *el hombre de Dios*. Debe condescender, pero jamás rebajarse; y ¡ay! ¡la naturaleza humana desciende con tanta facilidad!

El Sacerdote debe levantar nuestra frívola sociedad hasta el nivel de la grandeza cristiana, sin tocar su cieno; y esta obra gigantesca sólo la pueden llevar á cabo manos purísimas, á las que se les permita tocar al hombre y á Dios, términos del progreso cristiano. Y cuanto más corrompida está la sociedad, más santo y puro debe ser el Sacerdote.

La santidad del Sacerdote debe revelarse en sus costumbres, en su traje, en su andar, en todos sus actos, y, sobre todo, en su lenguaje.

Es un absurdo é insensata locura aseglarse, tomando cierto aire mundano, para hacerse querido del pueblo y ganarlo para Dios.

El Sacerdote mundano nada vale ante Dios; Dios lo detesta, porque Cristo quiso que sus apóstoles no fuesen mundanos: «*Vos de hoc mundo non estis*»: ni ante el pueblo; porque el pueblo desprecia al que pretende hablarle en nombre de Dios, si no ve en él el reflejo de la Divinidad. Ante Dios, el Sacerdote debe ser un ángel, y ante el pueblo, la visión de la Divinidad.

Jamás oímos decir de nuestros Sacerdotes en la primera mitad de este siglo, cuando aún vivían las preclaras glorias de nuestro sacerdocio, gigantes en la santidad y heroicos confesores de nuestra fe, los que llevaron sobre la frente la aureola sacerdotal con más dignidad que los reyes sus coronas: «*Ved ahí un hombre de mundo.*» ¡Oh! y cuántas veces lo oímos decir hoy, no sin indecible amargura! De ahí, en el pueblo, que sabe apreciar las cosas en su justo valor: (*Vox populi Vox Dei*) la poca estima... el desdén hacia el Sacerdote y su alejamiento de él.

* * *

Quinta causa.—*El Clero ha seguido demasiado tiempo el método jansenista en la dirección de las almas.*

La misma falta que cometió el Clero bajo el punto de vista político, cometió en el re-

ligioso. En política era galicano y en el religioso jansenista. ¡Qué severidad en la dirección de las almas! Esta severidad no podía, en manera alguna, enternecer los corazones para hacerlos cristianos; antes bien los endurecía, los desesperaba y los alejaba de Dios. Oíd á Boileau en su Arte poética: «No es propio de un cristiano, cuya alma, iluminada por la luz de la fe, contempla de continuo la sangrienta escena del Gólgota y los horrores del infierno, llevar vestidos mundanos. El Evangelio sólo nos ofrece el tormento eterno que han merecido nuestros pecados y la penitencia que debemos hacer para aplacar á Dios.»

Nada tan opuesto á la ternura de Dios, ni al amor infinito de Cristo que derramó su sangre por los pecadores, y que en su admirable Código *«El Santo Evangelio»* dice á los Sacerdotes: *«No acabéis de romper la caña tronchada, ni apaguéis la mecha que aún arde.»* *«No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva.»* No una vez, ni dos, ni tres, sino diez, veinte y hasta treinta veces el Clero jansenista hacía volver á un penitente antes de absolverle, empleando en ello una gran severidad, conducta que, muy pronto, dejó desierto el confesonario, abandonados los sacramentos, y abrió infranqueables abismos entre el Clero y el pueblo. ¡Cuántos estragos y cuán-

tas ruinas han causado en las almas los sacerdotes jansenistas!

* * *

Sexta causa.—*El laxismo y sus fatales consecuencias.*

En Francia, que por temperamento pasamos fácilmente de un extremo al otro, se pasó en la segunda mitad del siglo XIX, del rigorismo al laxismo. ¡Qué amalgamas las del laxismo y cuán fatales y desoladoras sus consecuencias! El rigorismo hiela y endurece el corazón; el laxismo lo enerva é imposibilita para todo sentimiento noble y levantado. El laxismo es la descomposición del corazón y del alma; y como en todo cadáver, en el alma y corazón descompuestos por el laxismo hierven los gérmenes de la corrupción.

¡Cuán deplorable es la acción del laxismo...! So pretexto de no dejar desiertas las iglesias y los confesonarios, tolera el asistir á bailes, teatros y espectáculos donde naufragan las virtudes, sobre todo la pureza, que es el perfume de la santidad; y permite lecturas, en las que va disuelto el mortífero veneno del ateísmo. Pero, sobre todo, ¡oh Dios mío! cuando, so pretexto de buena fe, permite el crimen, al decir del Espíritu San-

to, *detestable*, que destruye la vida en sus fuentes y deja desierto el hogar, convirtiendo el santuario de la familia cristiana en un montón de ruinas. Por este crimen detestabilísimo atenta el laxismo contra las obras de la Creación y Redención, y hace que la muerte triunfe sobre la vida, la carne sobre el espíritu, el egoísmo sobre el amor, sembrando de cadáveres cuanto alcanza con sus manos heladas y criminales.

Hace medio siglo se le llamó á este crimen el crimen de la burguesía; mas hoy ha venido á ser el crimen del pueblo. ¡Este ha sido el resultado del laxismo: destruir las familias y atraer los odios del pueblo contra la Religión, que con misericordiosa severidad, impone al hombre la obligación de ser casto, y contra el Clero verdaderamente católico; en el que se encarna la Religión y esta virtud admirable...!

* * *

Séptima causa.—*El Clero se preocupa más de la exterioridad del culto, que de inculcar el espíritu de piedad y oración.*

La piedad y la oración son los fundamentos esenciales del cristianismo. La Iglesia en su liturgia pide á Dios constantemente el espíritu de gracia y de oración. En él ra-

dica su fuerza y su vida. Ella sabe que el hombre nada puede sin la gracia, y que la oración es el único medio de alcanzarla.

El Clero debe enseñar esta gran verdad al pueblo, y como ha descuidado hacerlo, no es de extrañar que el pueblo no tenga este espíritu. ¿Quién se prosterna en Francia para orar? ¿Quién inclina la cabeza? ¿Quién se humilla de veras ante Dios? ¡Cuántos fariseos en nuestras iglesias están orgullosos con la frente erguida! Y ¿dónde está el publicano prosternado que hiere su pecho?

Jamás tendrá el pueblo este espíritu, si el Clero primero no manifiesta en su persona una piedad angélica, permaneciendo postrado largo tiempo en oración al pie de los altares.

El Clero ha olvidado dar al pueblo este ejemplo: tiempo ha que no insiste sobre este punto tan capital. Nada más importante que inculcar en la juventud este espíritu de piedad y de oración, y encarecer á los padres y maestros que nunca hagan los jóvenes sus plegarias sin antes haber tomado una postura profundamente humilde y recogida; esto es de mucha importancia.

Cuanto mayor sea el espíritu de oración y piedad en el Sacerdote, tanto mayor será la veneración y el amor que el pueblo le profesará. ¿Qué importa el esplendor del cul-

to si falta el espíritu de piedad y de oración?

* * *

Octava causa.—*El Clero ha descuidado la instrucción religiosa del hombre para dedicarse solamente á la del niño y la mujer.*

Antes de la Revolución, y durante siglos enteros, los hombres se reunían para orar, frecuentar los sacramentos y prestarse mutuo socorro espiritual y corporal. No había parroquia, ni en la ciudad ni en la aldea, que no contara con una ó varias Hermandades de penitencia, compuestas de hombres solos. Al volver el Clero de su destierro, después de haber sido cruelmente diezmado, el ministerio ordinario absorbió por entero todos sus cuidados. No pensó en levantar estas Hermandades de hombres, ni les dió en las iglesias un lugar preferente, creyendo que los hombres por sí, irían á ellas como los niños y las mujeres; y se engañó lamentablemente. Mas cuando á fines del siglo llegó á comprender esta falta, quiso de nuevo reunir los hombres en Círculos Católicos; pero, ¡era tarde...! Al abandonar las iglesias se dispersaron por los cafés y teatros, donde, organizados por las sociedades secretas, habían prestado obediencia

á Satán. ¡Cuán difícil será reparar las consecuencias de este error!

* * *

Novena causa.—*El Clero no ha comprendido que urge organizar asociaciones populares.*

Esto es importantísimo. La víctima de las logias masónicas en su sangrienta guerra contra la Iglesia es el Clero, el cual no comprendió las causas que la promovió, ni que el pueblo tiene derechos legítimos é inalienables que pueden vindicar, cuando injustamente se los arrebatan.

Al pueblo no se le concedió en la sociedad el lugar que le pertenecía; tenía derecho á ocupar en las Cortes generales su puesto de honor junto al Clero y la nobleza. Hacía ya dos siglos (1576) que estaban disueltas las Cortes generales, y la nobleza y el Clero debieron permanecer junto al pueblo; pero lejos de hacerlo así aquélla, y muchos miembros del alto Clero, se convirtieron en aduladores palaciegos, que no hacían más que incensar al Poder.

Mas, vinieron los revolucionarios y exclamaron: ¿Qué es el tercer Estado? Nada. ¿Qué será el tercer Estado? Todo. El tercer Estado era para ellos el pueblo. Hé aquí la síntesis de la Revolución. Síntesis del anar-

quismo y del socialismo, que explica admirablemente esos pavorosos problemas, que quitan el sueño á los sabios y economistas.

No debe extrañarnos, pues, el odio del socialismo contra el Clero y el ejército, que representan hoy á la nobleza y Clero antiguos. Es imposible el orden social, si el Clero, el gobierno, la magistratura, el ejército y el pueblo trabajador no ocupan cada uno el puesto que les corresponde. Y para que el pueblo ocupe su lugar, y la envidia no engendre en su corazón el odio, es preciso que sea honrado y esté asistido por medio de asociaciones populares y que la Religión, única buena organizadora, las presida y proteja.

Ved, sino, lo que hizo Jesucristo y lo que hace la Iglesia. Él se hizo obrero, para honrar al obrero; lavó los pies del pobre, para honrar al pobre; multiplicó los panes para socorrerle, y dijo á sus discípulos: *Amáos y uníos.*

El eje del mundo descansaba sobre la fuerza y Jesucristo lo hizo descansar sobre el amor. El paganismo tenía al pueblo encadenado con cadenas de hierro, y Jesucristo, rompiendo estas cadenas, echó sobre él las suaves y áureas cadenas del amor.

El socialismo que no acepta la solución pagana, imposible después de Cristo, ni la cristiana, única posible y racional, es, por

sólo este hecho, destructor del orden social, y conduce á todas las locuras y á todas las catástrofes.

Comprender esto, es comprender la cuestión social; no comprenderlo, es desconocerla por completo.

El Clero, al salir de la Revolución completamente deshecho y ensangrentado, no comprendió la importancia de las asociaciones populares que le hubiesen devuelto toda su influencia; por eso no se dedicó á organizarlas, y de esto dependen los males que lamentamos. El Clero, en la actualidad, bajo la dirección sapientísima del Pontífice, trabaja sin tregua ni descanso para reparar este error. Estas son las causas directas é indirectas que han alejado al Clero del pueblo.

* * *

También se ha querido acusar al Clero de ser enemigo del progreso; pero contra esta acusación están los hechos. El Clero, en efecto, y los hechos lo prueban, trabaja tan sólo para regenerar al pueblo y hacerle feliz. Él aplaude todas las conquistas de la industria y de la ciencia; sólo se opone al progreso material que sacrifica el alma al cuerpo, la virtud á las riquezas, la fe á la ciencia, el cielo á la tierra. Lo extraño y asombroso es que, á pesar de lo dicho, ha-

ya todavía fe en nuestros obreros y labriegos. Esto prueba que la fe ha echado tan hondas raíces en el suelo de nuestra querida patria, que ha alcanzado profundidades insondables. ¡Bendigamos al Señor...!

Nos basta unas cuantas palabras para compendiar lo dicho. Desde mediados del siglo que acaba de fenecer, *la boca del abismo se ha ensanchado más que nunca.*

Satanás, con el protestantismo, sembró zizaña en la heredad del padre de familias: tras Lutero, envió á Voltaire, y después de Lutero y Voltaire, los enciclopedistas que continúan en Francia su obra impía; porque perdida Francia, corazón del mundo, el mundo está perdido. Mas, ¿qué importa?; no nos desanimemos: Dios deja obrar á sus enemigos y espera con paciencia infinita el momento en que los ángeles puedan cantar sobre las ruinas que aquellos amontonan. ¡Gloria á Dios y paz á los hombres!

Estas son las causas del mal. Cuáles sean los remedios, lo diremos en la tercera parte.





TERCERA PARTE

LOS REMEDIOS

TERCERA CUESTIÓN

¿Cómo remediar el mal?

El mal es grande; no puede ser mayor: acabamos de ver las causas que lo han producido y sus funestas consecuencias.

¿Habrá que desesperar? ¡No; no desesperemos: no solamente es posible la salud, sino certísima. No hay más que aplicar los remedios. ¿Dónde se encontrarán? ¿Cuáles son? ¿Cómo aplicarlos?

Ved aquí tres cuestiones á las que es necesario responder.

* * *

Párrafo 1.º—*¿Dónde se encuentran estos remedios?*

En Nuestro Señor Jesucristo y sólo en Él: guardáos de buscarlos en otra parte.

¿Queremos curarlo y restaurarlo todo? Vayamos á Jesucristo: en Él y sólo en Él

está la salud. «*Non est in alio aliquo salus.*» Él es, al decir de San Pablo, el Restaurador de todas las cosas: «*Instaurare omnia in Christo.*» Él es quien une y reconcilia lo que está dividido. «*Fecit utraque unum, reconcilians ima summis.*» Él y sólo Él es quien puede unir, con amorosa lazada, al Clero y el pueblo, dándonos con esto la tan deseada solución de la cuestión social. ¿No se halla en Él, como dice Tertuliano, la solución de todas las dificultades? *Christus solutio omnium difficultatum?* ¿No es Él, como San Cipriano afirma, el sol del mundo, sol que no tiene ocaso? Y al mismo tiempo que para el mundo hace la noche, ¿no hace para sus hijos el día? Vayamos, pues, á Jesucristo; en Él y sólo en Él está el remedio: «*Omnia in Christo.*»

Jesucristo es la Verdad, de la que nadie se aleja sin perecer. Fuera de Él y de su moral no se anda más que á tientas y no se llega jamás. Podréis dar al pueblo las riquezas intelectuales y materiales; mas, si no le dáis á Jesucristo, no le daréis nada, y jamás podréis acallar el grito desgarrador del hambre que siente en su cuerpo, en su espíritu, y, sobre todo, en su corazón; que crece sin cesar, y nada es suficiente á aplacarla. Jesucristo es y será siempre el Camino, la Verdad y la Vida. «*Ego sum Via, Veritas et Vita.*»

Jamás olvidará mi alma, cuando aún la Iglesia de Francia tenía su rito particular, estas sublimes palabras del himno del santo tiempo de Adviento: «Oh, Señor, ¿quién podrá levantar de sus ruinas á la humanidad perdida? ¿Quién podrá proporcionarle remedio para curarla de las heridas profundas que le infirió el pecado?

«Tú solo, oh Señor, Tú solo; Tú que has hecho al hombre tan bello, creándole á tu imágen; sólo Tú puedes volverlo á su primera hermosura.»

Tu Christe, Tú solus

»*Imagini potes tuæ*

»*Formam decusque reddere.*»

Así la Iglesia, llena de reconocimiento y amor, repite cada día en el augusto sacrificio de la Misa: ¡Dios mío! habéis creado al hombre con gran magnificencia; mas, le habéis restaurado con mayor esplendidez: «*Mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti.*» En Jesucristo, pues, se encuentran todos los remedios: ¿Cuáles son estos remedios? Es la segunda cuestión.

Párrafo 2.º— ¿*Qué remedios deben emplearse?*

La respuesta es consecuencia lógica de lo que precede. Es preciso para restaurar la sociedad actual, emplear absolutamente los mismos remedios que Jesucristo empleó

para restaurar á la humanidad; y solamente éstos. No hay salvación fuera de Él. «*Non est in alio aliquo salus.*»

¿Cuáles son los remedios empleados por el Divino Médico? Escuchad. Según se lee en el capítulo noveno del Evangelio de San Mateo, Jesús recorría todas las ciudades y aldeas visitando á sus pobres habitantes: «*Circuibat Jesus omnes civitates et castella.*» Les predicaba la palabra evangélica: «*Praedicans Evangelium regni.*» Y, á vista de este pueblo, su corazón se estremecía de compasión: «*Videns autem turbas, misertus est eis*»; porque le veía víctima de crueles opresores: «*Quia erant vexati*» como rebaño sin pastor: «*Et jacentes sicut oves non habentem pastorem.*» Y Él se propuso curar y engrandecer á este pueblo, socorriendo todas sus necesidades, y curando sus enfermedades: «*Curans omnem languorem et infirmitatem.*»

Hoy se encuentra el pueblo en nuestras ciudades y en nuestras aldeas como se encontraba entonces. Nuestros impíos sectarios, para mejor despojarlo y devorarlo, le han separado de los sacerdotes de Jesucristo, sus únicos amigos, verdaderos padres y legítimos pastores; y una vez que le han alejado de Jesucristo, le oprimen á su placer.

Para salvar al pueblo, debe pues:

1.º LLEVÁRSELE Á JESUCRISTO:

No se puede conocer á Jesucristo sin amarle, ni amarle sin transfigurarse. Si el pueblo le conoce le amará, y, amándole, se transfigurará.

Los obreros y labriegos reconocerán en Él su divino amigo, Aquél que, como ellos, trabajaba en Nazaret ganando el sustento con el sudor de su frente. Nunca se repetirá suficientemente al pueblo que no tiene mejor amigo que Jesucristo. Digámosle con frecuencia: Venid á Él los que lloráis, porque Él llora: los que sufrís, porque Él consuela: los que tembláis, porque Él sonrío: los que padecéis, porque Él cura: los que pasáis, porque Él permanece.

El pueblo instintivamente ama á Jesús cuando le conoce.

Un día esplendoroso, llevaba un pequeño por las calles de París en medio de grande multitud un^o Santo Cristo; y el pueblo, al verlo pasar, inclinóse profundamente, exclamando: Cristo es nuestro único Maestro. Era el Santo Cristo de la Capilla de las Tullerías. ¡Los reyes se habían marchado; Jesucristo permanecía!

El día que el pueblo vea á Jesucristo, no por la luz pasajera de un día, sino por una luz permanente, y grite: «*Él es nuestro único Maestro*», la Francia y el mundo se habrán salvado.

2.º DAR AL PUEBLO UNA IDEA MUY ELEVADA DEL SACERDOCIO CATÓLICO; demostrándole que Jesucristo y el Sacerdote son una misma cosa.

Sólo se ama lo que se conoce. Debe hablarse con frecuencia al pueblo acerca de la grandeza, misión, realeza é influencia social del Sacerdocio católico.

* * *

El Sacerdocio Católico.

Su grandeza.

¿Quién es semejante á Dios, exclama admirado el Profeta? Nada existe en la tierra más pequeño que el hombre, polvo y pecado; ni más grande que el Hijo de Dios, todo poder y santidad. Y esa pequeñez, y esa nada el Sacerdocio católico la eleva hasta el mismo Dios, confundiendo á Cristo y al Sacerdote en una misma inefable grandeza y sublime misión. «*Per ipsum, cum ipso et in ipso*», de tal manera, que puede decirse con toda propiedad, que el Sacerdote es otro Cristo. «*Sacerdos alter Christus.*»

Jesucristo es el Rey de los Ángeles y de los hombres, Rey inmortal de los siglos; Señor del cielo y de la tierra. Todas las

grandezas de la tierra son sombras que se disipan en su presencia, como se eclipsan las estrellas al aparecer el sol; ante la grandeza del Sacerdote se eclipsan todas las grandezas. Á la voz del Sacerdote, los cielos se inclinan, la tierra se extremece, las almas, cautivas en el Purgatorio, vuelan al cielo; ella aplaca la divina justicia, enjuga las lágrimas, transforma en alegría el dolor, en dicha el infortunio, y á las convulsiones de la desesperación hace que suceda el sosiego de la paz. Cuando los ángeles ante el altar tiemblan y se cubren con sus alas, el Sacerdote, en pie, entre el cielo y la tierra, hace descender al Criador, negocia con Él la paz universal y hace subir hasta su trono la plegaria, el reconocimiento y el amor de los mortales.

El mundo salió de la nada por una sola palabra de Dios, mas á la palabra del Sacerdote obedece el mismo Dios; y yo le adoro en sus manos tres veces santas. La Virgen Inmaculada no ha dado el Hijo de Dios más que una vez al mundo; el Sacerdote lo dá todos los días en la Eucaristía, y cada vez que lo eleva en la Divina Hostia, sirviéndole de trono sus manos, le adoran los cielos y la tierra: Prosternáos en su presencia, poderosos de la tierra, y exclamad con el Apóstol del Amor, llenos de admiración: «Señor, sois grande sobre

el trono de vuestro poderío; mas sois mucho mayor en el Sacramento de vuestro amor: aquí contemplamos vuestra gloria, la gloria de vuestro único Hijo: «*Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre.*»

* * *

Su Misión.

La Misión del Sacerdote es la Misión de Jesucristo, sintetizada en estas admirables palabras: En Jesucristo está la plenitud de la gracia y de la verdad: «*plenum gratiæ et veritatis.*» De esta plenitud debe recibir la humanidad entera, hasta el fin de los siglos, para llegar á la patria celestial: *Et de plenitudine ejus nos omnes accepimus*: De aquí surge la triple misión del Sacerdote:

Primero: guardar intacto el depósito de la verdad y derramar sobre el mundo su luz.

Segundo: conservar fielmente el tesoro de las gracias celestiales y enriquecer con ellas las almas.

Tercero: conducir la humanidad á su último fin.

La verdad es la vida de las inteligencias; la gracia, la vida del corazón; la dirección del Sacerdote, el camino que la conduce á la vida eterna; la verdad, la comunica el

Sacerdote por la enseñanza; la gracia, por los sacramentos; la dirección, por la piedad.

El Sacerdote para el pueblo es, pues, como Cristo, camino, verdad y vida. Id, dice Jesucristo á sus Sacerdotes, y enseñad á todas las naciones; cuando habléis, hablaré por vosotros, para que no os engañéis. Yo soy la Verdad: «*Ego sum veritas.*» Bautizad y administrad á los hombres los sacramentos á que tienen derecho por el bautismo.

No sólo debéis bautizar, sino confirmar, perdonar, consagrar, unir santamente á los esposos, perpetuar el sacerdocio y dar la unción suprema y demás socorros espirituales necesarios para llegar á la plenitud de la vida. Esta vida soy yo: «*Ego sum vita.*» Mas no basta dar la verdad á todas las inteligencias, y la gracia á todos los corazones; es preciso conducir las almas á la vida eterna, y conducir las por caminos seguros. Yo soy el camino: «*Ego sum via.*» Por este camino debéis conducir las almas como el pastor conduce sus corderillos y sus ovejas. Yo soy el buen Pastor: «*Ego sum pastor bonus.*» Hé aquí la triple misión que os confío. Y para que la cumpláis debidamente os he dado ejemplo, y permanezco con vosotros hasta la consumación de los siglos: «*Et ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.*»

¡Oh cuán sublime y divina es la misión del Sacerdote! Es la misión misma de Jesucristo, como Él lo testimonia con estas palabras: «Como mi Padre me envió, yo os envío; la misión que recibí de mi Padre os la confío á vosotros; para salvar al mundo haced lo que yo hice. *«Ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.»* La misión del ángel es guardar al hombre, la del sacerdote salvarlo. ¡Misión sublime y divina!

* * *

Su realeza.

He sido constituido Rey: *«Ego autem constitutus sum Rex»*, ha dicho Jesucristo por su profeta. Así puede exclamar el Sacerdote desde el día que ostenta sobre su cabeza la corona sacerdotal, símbolo de su realeza.

Á los reyes de la tierra se les ha concedido potestad é imperio sobre los cuerpos; mas á los Sacerdotes de Cristo se les ha dado imperio y potestad sobre las almas. Ambas potestades son completamente distintas. De sus respectivas funciones jerárquicas depende la salvación del mundo.

«Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.» Estas palabras de Jesucristo son la sublime apología de estas

dos potestades, y el escudo que las defiende contra el ímpetu anárquico de las pasiones y ambiciones humanas; y determinan con claridad y precisión los derechos de ambas. Jesucristo dá al César el poder sobre los cuerpos; á sus Sacerdotes, el poder sobre las almas. César es el Señor de lo temporal; el Sacerdote, que no obra sino como un Dios, según queda probado, es el Señor en el orden espiritual; y cada uno debe permanecer en su lugar. Esta realeza sublime del Sacerdocio la confirma Jesucristo al decir á sus Apóstoles: *«No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre celestial ha querido hacer de cada uno de vosotros un Rey.»*

Reinaréis sobre las inteligencias, porque Yo os he elegido para que seáis la luz del mundo.

Reinaréis sobre los corazones, porque Yo os he puesto en el mundo para que seáis sal de la tierra.

Reinaréis sobre las almas, como reina el pastor sobre su rebaño, porque Yo os constituyo Pastores de ella.

Reinaréis sobre las inteligencias, iluminándolas; sobre los corazones, purificándolos; sobre las almas, conduciéndolas á la vida eterna.

Y Jesucristo ha erigido á sus Sacerdotes tres tronos levantados por encima de todos

los tronos del mundo, como el cielo sobre la tierra: el púlpito, desde donde irradia sobre el mundo su luz: el altar, áureo trono de su amor: el confesonario, augusto trono de las misericordias y del perdón.

Los Césares y los Reyes se prosternan humildes ante estos tronos, para recibir de manos del Sacerdote los dones del Señor.

Las coronas de los reyes son frágiles, se quiebran en la tumba; el Sacerdote lleva la suya sobre sus sienes por toda la eternidad: «*Tu es Sacerdos in aeternum.*» Potestades de la tierra, no esperéis hacerle vacilar; cuanto hagáis para esto es inútil. ¡Guardaos de tocar á los amigos del Señor! Tocar á sus Sacerdotes es tocar al mismo Dios, y ofender la niña de sus ojos: «*Nolite tangere Christos meos.*» En el momento en que les toquéis seréis quebrados como frágil barro: «*Tanquam vas fraguli confringes eos.*» Y vosotros, Sacerdotes, á quienes el Señor ha constituido reyes, no temáis; mientras más os hagan beber vuestros enemigos de las aguas del dolor, más resplandecerá sobre vuestras frentes enaltecidas por la gloria del triunfo la corona de vuestra realeza: «*De torrente in via bibet: propterea exaltavit caput.*»

Nada más grande, sagrado é intangible en el mundo que el Sacerdocio Católico.

Ante la majestad del Sacerdote se eclipsa la majestad de todos los poderes creados.

Un día fué invitado S. Martín á la mesa del Emperador; tenía junto á sí un humilde Sacerdote. La Emperatriz le ofreció la copa del festín, bebió él primero, y, antes de ofrecerla al Emperador, la ofreció al Sacerdote; dando así al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. ¡Gran lección para los grandes de la tierra!

* * *

Su influencia social.

Yo soy el camino, la verdad y la vida, ha dicho Nuestro Señor Jesucristo.

Las sociedades viven de la savia divina de la verdad y de la virtud; el error y el vicio son el virus que gangrena y corroe esta vida. El Sacerdocio Católico es, por derecho divino, custodio y depositario de la verdad y de la virtud; y por este hecho, es el único poder moderador de la sociedad. ¿Qué resta en el mundo, cuando desaparece del alma la luz de la conciencia, y del corazón el temor de Dios? El despotismo y la anarquía. El Sacerdocio Católico extiende por el mundo los caminos de la verdadera civilización, suprime la esclavitud, hace amable y venerado el trabajo de los

pobres, defiende á la mujer del poder tiránico de las pasiones, y sostiene la debilidad de la infancia. La libertad, la igualdad, la fraternidad y cuanto existe de grande en el orden moral, es obra del Sacerdote Católico. La historia lo prueba.

De la palabra de Dios depende el orden de las cosas; y es voluntad de Dios que el Estado, dueño y señor de lo temporal, ocupe su lugar, y deje que el Sacerdote católico ocupe el que le pertenece.

Los Césares, en los primeros siglos cristianos, comprendieron esta gran verdad, y dejaron á los Papas la capital del mundo.

* * *

3.º ES PRECISO SERVIRSE DE LOS REMEDIOS DE QUE SE SIRVIÓ JESUCRISTO.—Estos remedios son tres.

1.º—Jesucristo se acercó al pueblo con un amor grandísimo y una compasión tan grande como su amor: «*Circuibat omnes civitates et castella, et videns turbas misertus est eis.*»

2.º—Predicaba el Evangelio: «*Praedicans evangelium regni.*»

3.º Socorría las necesidades espirituales y materiales del pueblo: «*Curans omnem languorem et omnem infirmitatem.*»

Sacerdotes católicos: ved ahí vuestro

modelo á quien debéis imitar. ¿No dijo Él á sus Apóstoles y á todos los Sacerdotes, sus sucesores, hasta el fin de los siglos: «Os he dado ejemplo; lo que yo hago hacédlo vosotros»? ¿Pudo hacer más de lo que hizo, ni hablarnos con mayor claridad? A nosotros toca obedecer y obrar.

* * *

Primer Remedio.—*Acercarse al pueblo.*

Alejándose el pueblo del Sacerdote dió en los infranqueables abismos de su perdicción y de su ruina; y únicamente acercándose á él podrá salvarse. En esta salvadora aproximación entre el Clero y el pueblo ¿quién de los dos debe dar el primer paso? ¿Por ventura, el herido del camino de Jericó fué el primero en acercarse al buen Samaritano, ó fué el buen Samaritano el que se le acercó primero con un amor sin medida, besando sus heridas, cogiéndole en sus brazos y llevándolo á donde pudiera recobrar la salud y la vida?

Como el herido del camino de Jericó, yace el pueblo en tierra, ensangrentado y herido, «*yacentes*». Nuestros sectarios impíos le han oprimido, despojado y abandonado moribundo en el camino de la perdicción «*semivivo relicto*». ¿Cómo, pues, que-

réis que el pueblo sea el primero en levantarse? Al Sacerdote toca acercarse al pueblo con la misma compasión, amor y ternura que el buen Samaritano.

«*¡Id al pueblo! ¡Id al pueblo!*» exclamaba sin cesar León XIII, vicario de Jesucristo. ¿No se complacía en llamarse el Papa del pueblo y de los obreros?

Sí; vamos al pueblo: vayamos á él con amor, porque él conoce á sus amigos y sabe amar á los que le aman. Acerquémonos á él sin temor, porque no ama á los tímidos ni á los cobardes. Tenemos de ello experiencia. Escuchad uno de los muchísimos hechos que pudiéramos referir. En uno de aquellos días de 1871, en los que llegó á mayor altura en el corazón del pueblo el odio contra el Clero, lo mismo en París que en las provincias, llegaba á Burdeos por la estación de la Bastide. Iba á atravesar el espacioso andén, en medio del cual se hallaba un grupo de hombres. Al verlos, dudé si al acercarme á ellos me insultarían ó me dejarían pasar tranquilo. Comprendí que no debía ser pusilánime, y me dirigí hacia ellos sonriendo á todos, tendiéndoles la mano, y preguntándoles el camino que debía seguir. Esto fué suficiente para que depusieran su actitud amenazadora, y comenzasen á sonreírme, en señal de simpatía y de cariño. Todos me es-

trecharon la mano, con lo que alcancé una victoria completa. Mas, hé aquí, que cerca de nosotros pasó, en aquellos momentos, un gran burgués, que no fué tan afable y cariñoso como ellos; pues, apenas me vió lanzó un *sordo gruñido*. Y al punto, todos mis hombres se pusieron de mi parte, prestos á defenderme, lo que hicieron en estilo enérgico, exclamando en tono alto, señalando al burgués para que lo entendiera: «No hagáis caso, Padre, porque *es un puerco*... No temáis, no seréis insultado en Burdeos: nosotros le acompañaremos y nos encargaremos de defenderle.» Y dos de ellos, en efecto, salieron del grupo, y me acompañaron por toda la ciudad con grande amabilidad, no deseando otra recompensa que el placer de servirme.

Hé ahí el pueblo y su corazón. Id derechos á él, sin temor y con cariño, y encontraréis en él gran caudal de simpatía y de amor.

* * *

Segundo Remedio.—*Hacerle orar con fervor.*

Es tan importante la oración, que sin ella cuanto haga el Sacerdote para reconquistar al pueblo, será enteramente inútil. ¿Qué otra cosa hacía Jesús, sino orar siempre?

Lo hemos dicho muy claro: la tibieza del espíritu en la piedad y en la oración ha sido y será siempre la causa capital de todas nuestras ruinas morales.

Jesucristo ha establecido la oración como fundamento único del cristianismo; la oración es la savia del árbol divino. Cuando la savia se ataja, el árbol muere.

«Pedid, dice Él, pedid sin cesar. Pedidme cuanto queráis, que yo os lo concederé.» Las obras que no arraigan sobre la piedad y la oración, sólo tienen una vida aparente, y, como débil caña, se quiebran al menor soplo de la leve brisa. El Sacerdote se hace omnipotente por la oración. El Sacerdote que renueva en su pueblo el espíritu de oración, hace de su parroquia un ejército de héroes cristianos. El santo Cura de Ars, el cual oraba y hacía orar á su pueblo, debió á la oración sus maravillas y el secreto de su poder, de su fuerza y de sus milagros.

* * *

Tercer Remedio.---*La predicación evangélica y popular.*

La predicación evangélica y popular es la áurea cadena con que se sujeta el corazón. Para conquistar los corazones, es preciso predicar como predicaba Jesucristo.

¿Qué tratado de elocuencia puede compararse al Evangelio? Y ¿qué orador ha hablado como Jesucristo? ¿Por qué buscar otro modelo? Prediquemos, pues, el Evangelio; prediquémosle con fe, convicción y amor, y seremos los dueños del mundo. Si nuestra palabra vibra á impulsos del amor, será siempre elocuente y arrebatadora.

En una de nuestras últimas misiones, fuí á visitar á un viejo Capitán, que había gastado sus fuerzas y su salud en los campos de batalla, pero tenía en su corazón y en su alma la alegría y la vitalidad de un corazón y de un alma joven. Y manifestando gran satisfacción al verme, me dijo: Padre, habláis á un hombre convencido; me convertí hace más de veinte años, al tener la dicha de oír en París á un predicador de gran fe. No predicaba más que el Evangelio; pero, ¡con qué ardor y con qué fuego! ¡Oh! qué buen predicador! ¡qué elocuencia tan soberana la suya!

El mismo día, visitando á un oficial retirado, me dijo: «Padre, quiero confesar y comulgar en la misión; mi conversión, desde hace años, la debo al capellán de nuestro regimiento: jamás he olvidado sus sermones; aún me parece oírlo. Amigos míos, nos decía, sabéis que os amo con todo mi corazón; yo intercedo siempre por vosotros cerca del coronel y del general. Se trata

ahora de que me déis pruebas de la bondad de vuestros corazones: váis á recibir á vuestro Criador; antes es preciso que confeséis vuestros pecados. Este es el toque de clarín; se trata de pasar revista. Dios se complace en perdonar: venid sin temor. Creed, que cuando yo confieso mujeres tengo una criba de mallas muy juntas y pasan con dificultad; mas, para mis militares es otra cosa; las mallas de mi criba están más separadas y pasan sin tocar. Había triunfado con su sencillez el Capellán: nos disputábamos la dicha de ser los primeros en pasar.» ¡Oh! ¡Cuán sublime es la elocuencia evangélica!

Aquel mismo día, Dios me proporcionaba providencialmente todo cuanto necesitaba para probar mi tesis. Al entrar en casa del señor Cura, abro el periódico y leo estas palabras, escritas por M. de Segur. «Hace más de 25 años que oí predicar á Pío IX en la Capilla Sixtina. En derredor suyo nos encontrábamos numerosos peregrinos de toda la tierra, como hijos junto á su padre; nunca podré olvidarlo. Nos habló naturalmente de la unidad, y nos la mostró arraigada sobre la Cátedra de San Pedro, centro divino de la fe, del progreso y del amor. Nos habló con una elocuencia arrebatadora. En mi vida he sentido una impresión tan profunda como entonces.

Podría repetir aún palabra por palabra todo cuanto oí.»

Las palabras de este viejo Capitán, M. de Segur, son una prueba del poder, belleza y encanto de la palabra evangélica.

Comprendo ahora la sabiduría de los consejos de nuestro P. S. Francisco á los predicadores de la Orden, cuando les dice en su Regla: «*Predicad el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, anunciando los vicios y virtudes, la pena y la gloria con brevedad de sermón, porque la palabra abreviada hizo el Señor sobre la tierra.*» Ved en estas palabras un tratado de oratoria.

Formad en los Seminarios predicadores populares y evangélicos, ocupándoles en ejercicios de improvisación; llenadlos de doctrina; la Iglesia y la nación lo piden.

No puedo menos de insertar aquí la carta de un amigo mío sapientísimo, tan celoso como experto en esta materia:

«El consejo que dáis á los rectores de Seminarios, de ejercitar á los seminaristas en el arte de la improvisación, me agrada en extremo; y me atrevo á pedir os dos cosas: 1.^a Que lo que decís de los Seminarios se aplique igualmente á los Noviciados de religiosos, porque los religiosos son por antonomasia sembradores de la palabra divina; y 2.^a, que desarrolléis vuestro pensamiento, á fin de que los Sacerdotes, libres

de la servidumbre del texto aprendido de memoria, hablen al pueblo con la verdadera elocuencia, que es la elocuencia del corazón. ¡Cuántos repiten friamente siempre el mismo sermón, sin tener en cuenta la diferencia de los auditorios!

» Ved aquí dos medios que me parecen muy prácticos para conseguir esto:

» *Primer medio:* Proporcionar á los seminaristas temas diversos, y después de estudiarlos y meditarlos en la oración con el noble y sublime deseo de convencer y convertir, lo desarrollarán delante de la Comunidad en el acto que se lo indique el Superior.

» *Segundo medio:* Establecer dos clases semanales, por lo menos, de improvisación familiar, que dure una hora; consagrando el primer cuarto de hora á preparar un tema dado de improviso; los dos cuartos siguientes á que hablen de él dos ó tres estudiantes, y el último cuarto de hora á la crítica. Los profesores deben ser hombres de capacidad y virtud, que enseñen á hablar acerca de estos temas.»

Nada tenemos que quitar ni añadir á estos sabios y prudentes consejos. Así formados los seminaristas y religiosos, al llegar al Sacerdocio, predicarán fácilmente á todos el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo: « *Clama, ne cesses.* » Esta predica-

ción incesante es para nuestra sociedad, en la que no hay más que aberración é ignorancia religiosa, una cuestión de vida ó de muerte. De ahí el deber sagrado de todo Sacerdote de dirigir algunas palabras de edificación los Domingos y días festivos durante la misa.

«Sé por experiencia, decía un santo Prelado, que las misas sin predicación destruyen la religión. (1)

Los Sacerdotes celosos lo comprenden así. Ellos van á casa de los feligreses que el Domingo no asisten á la Iglesia, y les predicán en sus casas: *Publice et per domos.*» Y como si esto no fuese suficiente, se valen de opúsculos y periódicos católicos, que distribuyen á todos, con lo que esparcen la palabra divina por doquiera, y con ella la salud y la vida.

* * *

Cuarto Remedio.—*Organizar Asociaciones y obras populares.*

En vano predicaréis y diréis al pueblo:

(1) En Francia, los Domingos y días festivos, en todas las misas, ya solemnes, ya rezadas, después del Santo Evangelio, habla familiarmente el celebrante á los fieles, durante diez ó quince minutos, explicándoles el Santo Evangelio ó algún punto doctrinal deducido de él. Costumbre santa que produce resultados maravillosos en los fieles.

Á esta piadosa costumbre, digna de imitación, se refiere el P. María Antonio al citar las hermosas palabras del venerable Prelado. —N. DEL T.

«Te amo, quiero conducirte al cielo.» No os creerá, si no lo socorréis en sus tribulaciones. Jesucristo no dejó de ocuparse de las necesidades de los pobres; este es el signo característico de su misión divina, signo incommunicable, que dió por divisa á su Iglesia, y es, sólo él, suficiente para demostrar su divinidad. Satanás que, en su deseo de grandeza, se empeña en parodiar á Dios, pone esta misma divisa en el frontis de sus logias. Mas en vano; la hueca palabra «*filantropía*» es en ellas una mentira; y el menosprecio al obrero y al pobre, una incontrastable realidad.

No sucede así en la Iglesia de Jesucristo.

«*Venid todos los que sufrís,*» ha dicho Jesucristo, y lo repite la Iglesia; «*venid, que yo os aliviaré.*» Él no se contentó con predicar al pueblo sobre la montaña; lo alimentó en el desierto: así lo hace la Iglesia.

En la Iglesia primitiva los Apóstoles organizaron toda clase de socorros para consuelo del pobre pueblo. Y, aunque conservaban el derecho de propiedad, estas palabras egoístas *mío* y *tuyo* eran palabras desconocidas. Entonces todo era común, y los pobres encontraban cuanto necesitaban en los palacios de los grandes que eran sus hermanos en la fe.

Este sublime ideal debiera estar grabado en los corazones de los que inventan, sin

cesar, absurdos sistemas científicos ó políticos para salvar al mundo. ¡Qué felicidad si este ideal sublime fuese el Código de la gran familia humana, y reemplazase á los cálculos fríos y, á veces, inhumanos y sangrientos de la economía política!

Dediquémonos, pues, á toda clase de obras benéficas, y extendámoslas por todos los ámbitos de la nación. Escuchad estas palabras de José de Maistre: «¡Oh cuán grande misión es la que ha recibido Francia: proteger á los pequeños contra los grandes, á los débiles contra los fuertes, á los oprimidos contra los tiranos! La causa de Francia es la causa de la humanidad; la humanidad entera está interesada en la conservación de su grandeza. Sólo por esto Jesucristo la ha hecho para Él, y le ha dado una vitalidad inmortal.» La religión, las armas y la elocuencia son sus tres amores, al decir del antiguo proverbio: *«Gallia tres res semper prosecuta est: religionem, arma et argute loqui.»* La unión de estos tres ideales es la apoteosis sublime de Francia. Satanás lo conoce: de ahí la guerra sangrienta que hace á la vez en Francia, en la hora presente, al Clero, al ejército y á la buena prensa; mas no logrará separarlos ni hacerlos callar.

Hace poco que se reunieron en Epernay muchos Sacerdotes y soldados ante la tum-

ba de los hijos del pueblo, muertos por la patria. Estaba presente el general Fenelón y, después de haber hablado con elocuencia soberana el señor Arcipreste, habló él en estos términos: «Doy el último adiós á los humildes hijos del pueblo que sucumbieron por la patria. Ellos no conocieron más que las miserias de la vida; mas Dios, que ama á los humildes, les habrá dado en el Cielo inmortal corona.»

«El ejército, decía recientemente el Arzobispo de Chambéry al general Arvers, no es solamente la fuerza material de la nación; es, con el Clero, la fuerza moral, porque encarna en él el espíritu de sacrificio, lealtad, patriotismo y honor. El día que estas palabras no sean más que vago sonido, sucumbirá Francia: morirá ignominiosamente. Pero no; no sucederá esto. Yo creo en su vitalidad, como creo en la inmortalidad de la Iglesia.»

Cuando en ella todo amenaza ruina, se inicia un movimiento social, salvador y religioso. Jamás Francia se ha ocupado tanto como hoy en mejorar la condición social del pueblo.

Es de gran interés favorecer este movimiento bienhechor; y así probaremos que la Iglesia Católica es la verdadera madre del pueblo.

Cuanto más se convenza el pueblo de

que el Clero le ama y trabaja por él, más presto volverá á él y á Dios.

Elijamos, como auxiliares, seculares piadosos, cuyo concurso en muchas circunstancias, nos es indispensable.

En Val-des-Bois, gracias á su ilustre y piadoso patrón, M. León Harmel, existe una gran fábrica convertida en paraíso. En la Loire las asociaciones agrícolas, que M. Cauro de Bouthéon acaba de establecer allí, son un modelo de orden, de paz y de armonía. ¡Cómo se ayudan los labriegos! ¡Qué celo por la obra importantísima de la Buena Prensa, de las Cajas Rurales y de Obreros, de los Bancos Populares, de las Sociedades Cooperativas y de todas las obras de caridad, que, bajo mil formas y nombres, se multiplican por todas partes!

A nosotros, Sacerdotes, toca ponernos á la cabeza de estas santas obras. Si hoy se destierra del mundo la fraternidad cristiana, ¿no deberá encontrar un refugio en el corazón del Sacerdote? Sí; lo encontrará. Se encuentra ya alrededor de la gruta de Lourdes, donde se reúne una nueva familia sacerdotal con el nombre simpático de Misioneros del Trabajo, que, bajo la protección de San Antonio de Pádua, se dedican á todas las obras de fraternidad cristiana. ¡Oh admirables Misioneros del Trabajo, verdaderos obreros de Jesucristo! ¡Seáis

siempre benditos! ¡Gran ejemplo para el Clero, cuya vida debe emplearse en la salvación de las almas!

Es preciso reconquistar al pueblo con el sudor de nuestra frente. Jesucristo no perdonó trabajo para esto: «*non sibi complacuit*»; imitémosle. Él es quien nos invita á esta sublime labor.

Amemos al pueblo, como Él le amó; amémosle, como una madre ama á su hijo. Amar al pueblo es amar á Jesucristo; pero amémosle como Jesucristo le amó: sin adularle. Alejándose de Dios, el pueblo perdió el espíritu de orden y de economía. Devolvámosle este espíritu, creando por todas partes obras que tiendan á morigerarle, y cajas de ahorro, donde pueda reunir cómodamente un modesto capital para dotar á sus hijos. ¿Podríamos, por ventura, proporcionarle un servicio más útil? Ocuparse en esto es probar al pueblo que se le ama.

Es, pues, indispensable establecer en todos los Seminarios un curso de estudios práctico-sociales, sobre las numerosas aplicaciones de la ciencia á la agricultura y usos de la vida, que tanto interesan al pueblo.

Ocuparse de los intereses del pueblo y socorrer sus necesidades es salvar á la vez su cuerpo y su alma, y conquistar su estima y su corazón. «El cristiano, al decir del

Cardenal Pío, y con más razón el Sacerdote, no es el hombre que se aísla; es el hombre público y social por excelencia; pues, como su nombre lo indica, el católico es universal»; y, como la Iglesia Católica, debe ser militante. Ninguna de las perfecciones y conquistas de la ciencia deben serle indiferentes. Debe estar al tanto de todo.

No digamos nunca: «¡Es difícil!» Si pretendemos hacer nada más que lo fácil, no haremos nunca nada. No hay obstáculos para el amor.

No olvidemos que, las más de las veces, no basta *querer*; es preciso también *saber*: de ahí la gran necesidad, en los Seminarios, de preparar al Clero para las obras populares, mediante estudios especiales, concienzudos y completos, y de establecer la Orden Tercera, con el doble fin de la santificación personal y ayuda de todas las demás obras. León XIII la recomienda sin cesar para el bien temporal y espiritual de las almas: cosas que no pueden separarse jamás. ¿No han producido multitud de bienes en el mundo las Terceras Órdenes, sobre todo la Tercera Orden Seráfica, cuya acción social y económica, eminentemente práctica, obliga á sus miembros á aplicarse á toda clase de obras sociales y populares?

Indispensable necesidad de las Asociaciones Populares.

El hombre no puede vivir solo; Dios, que lo crió á su imágen, le hizo sociable como Él, que lo es esencialmente en la Trinidad de las Personas. Él mismo dice: «¡Ay de aquél que está solo. *Voe soli!*» «El hermano sostenido por el hermano es una fortaleza inexpugnable: *Frater qui adjuvatur á fratre, quasi civitas firma.*»

Los malvados saben perfectamente asociarse para el mal. Ved sus sociedades secretas, infernales y malditas, en las que acaban de proclamar la necesidad de que las escuelas sean laicas y completamente ateas. Ellos saben asociarse contra Dios. ¿Por qué los católicos no hemos de asociarnos para defender la causa santa de Dios y de la Patria?

Ya van comprendiendo los católicos, á fuerza de golpes, esta necesidad; y, merced al impulso dado por los Congresos Católicos que se reúnen sin cesar bajo todos los nombres y todas las formas, se van estableciendo asociaciones, sindicatos y obras populares, que seguramente nos traerán la resurrección y la vida. «Cuando os reunáis en mi nombre, dice el Señor, yo estaré en medio de vosotros; cuanto deseéis, pedídmelo, que yo os lo daré y bendeciré cuanto hagáis.»

La Iglesia conserva su vida por la Asociación. Ella ha establecido la *Asociación parroquial*, bajo la autoridad del Párroco; la *Diocesana*, bajo la del Obispo, y la *Universal romana*, bajo la autoridad del Papa. Así marcha fuerte como un ejército en orden de batalla: de ahí, el furor de sus enemigos. Pero esto no basta; en estas tres asociaciones hay individuos distintos que tienen funciones, intereses, caracteres diversos; pues las funciones, los intereses y los caracteres de los hombres son unos, y otros los de las mujeres, los de la juventud y los de la infancia. Es preciso, pues, en las Parroquias, en las Diócesis y en la Iglesia universal formar asociaciones especiales para reunir estos diversos miembros del orden social. *Familia seorsum et mulieres eorum seorsum*. Sin las asociaciones todo se dispersa, se afloja, se destruye y muere.

* * *

Obligación del Sacerdote de organizarlas.

El ministerio ordinario del Sacerdote es catequizar, predicar, administrar los Sacramentos y visitar á los enfermos; mas, este ministerio, que en otro tiempo era suficiente, hoy no basta. Antes, el pueblo venía á él, mas hoy es necesario ir al pueblo, si el

Sacerdote no quiere ver abandonadas sus iglesias sobre todo por los hombres.

«Es preciso, dice el Cardenal de Reims, que el Sacerdote salga de la Iglesia, á pesar de todo, y de todos los que quieren encerrarle en ellas para imposibilitar su ministerio en la obra de santificación y salvación del pueblo. Sólo mediante las Asociaciones populares el Sacerdote podrá ganar palmo á palmo á los impíos el terreno que la Iglesia ha perdido; para esto, debe dar la mano á todos sus feligreses de buena voluntad, hombres, mujeres, ricos, pobres, patronos y obreros.»

Cada uno le ayudará en sus diferentes condiciones, mas es preciso que sean, ante todo, estas personas, de conocido celo y prudencia.

Lo que dicen los Obispos del viejo mundo lo repiten los del nuevo. Oíd á Monseñor Ireland, Arzobispo de América: «Las condiciones sociales y políticas se transforman completamente. La Iglesia, para continuar su misión divina y salvadora, debe necesariamente adoptar los medios que exigen las nuevas circunstancias. Guardémosnos de permanecer en la sacristía y en las iglesias, y estar allí rodeados de un corto número de fieles. Es preciso ir al pueblo: de otra manera, el siglo tan hinchado de sus progresos científicos é industriales, y tan

inclinado á la negación de lo sobrenatural, si se abandona á sí mismo, lo alejará cada vez más de la Iglesia, y por consiguiente de la vida. *El deber del Sacerdote es llenar el abismo que los separa.*

Concluyamos con estas bellas palabras del Ilmo. Sr. Obispo de Viviers: «La asociación de los malvados es el gran peligro de nuestros días: la impiedad revolucionaria ha llegado á ser una legión formidable. Es preciso que la asociación de los buenos nos levante y nos salve. Sólo por ella podremos organizar la resistencia y organizar la victoria.»

«Si queremos reparar nuestras faltas, y reconquistar nuestras posiciones perdidas, es preciso que el celo pastoral modifique sus antiguas prácticas, y se sujete á las formas nuevas que imponen al Apostolado católico, las costumbres y luchas de nuestros tiempos. No haya parroquia, por más insignificante que sea, en que no se establezcan asociaciones para las necesidades espirituales y temporales.» ¡Qué sublimes palabras!

* * *

NOTA: Al final de este libro van indicadas las principales obras de Asociación.—N. DEL T.

Párrafo 3.º—¿Cómo emplear estos remedios?

Debe guardarse el mismo orden que guardó Jesucristo, que, ante todo, se preocupó de la salvación del alma: «*Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.*» No nos sirvamos, pues, de las obras de caridad cristiana, sino como medios que nos ayuden á ganar los corazones: busquemos las almas ante todo, obrando con grande reflexión, evitando toda impetuosidad, cuyas consecuencias pudieran ser fatales. Está muy bien que se aumente el bienestar material del pueblo; mas, ¿de qué servirá esto, si se olvidan los intereses de su alma? No olvidemos que la inmoralidad es la causa de la miseria, que el libertinaje, el juego, la embriaguez, el lujo, la pereza, son la ruina de las familias. Extirpad estos vicios, y haced reinar la virtud en ellas, y las salvaréis. Guardáos, so pretexto de progreso social, de pretender obrar mejor que Jesucristo. ¿Quién mejor que Él conocía el corazón del hombre y las necesidades de la sociedad? Es preciso declarar sangrienta guerra á los convencionalismos, al orgullo, á la avaricia y á la concupiscencia. Mientras no os dejéis de convencionalismo, jamás daréis un paso en el progreso social. Nuestros impíos socialistas nunca cesan de hablarnos

de progreso y de amor al pueblo. Y el gran progreso, para ellos, consiste en aprovecharse de lo ajeno; y después que llegan á las cimas doradas de las riquezas, por la violencia ó el fraude, desprecian y abandonan, orgullosos, á los pobres, dejándolos morir de hambre: mientras ellos se embriagan en el espléndido festín de la vida, su pobre esposa y sus hambrientos hijos, faltos de todo, perecen de hambre ante su mirada indiferente, cristalizada por el veneno depositado en sus corazones por las violentas y enervantes pasiones. ¡Cuán bello socialismo!

No; no: fuera ilusiones. Sin la virtud es imposible el progreso, y la virtud no es posible sin la oración, sin los Sacramentos, sin la santificación de las fiestas, y, sobre todo, sin la asistencia á Misa. Lo primero, pues, que debe hacerse, para salvar al pueblo, es hacer que ore, que frecuente los Sacramentos, que santifique las fiestas, y sobre todo que asista á Misa.

Vivimos en un siglo de grandes aberraciones: las palabras pomposas y huecas hacen fortuna, á costa del sentido común. Hoy se habla mucho de democracia; pero, ¿sabrán muchos lo que significa esta palabra? Se ha dado en llamar al pueblo *soberrano*; mas ¿de qué le servirá este título si no sabe ser dueño de sus pasiones? ¿Y qué

importa que en el mundo se implante esa forma de gobierno, si sus poderes moderadores, aun cuando hablen de democracia, no saben gobernarse á sí mismos? Mientras no se ponga en posesión de Dios y de la virtud á los individuos y á las familias, todo es inútil. El corazón del hombre está hecho de tal modo, que, cuando Dios no lo llena, nada le satisface. Nada tan tumultuoso y profundo como el corazón del hombre: Dios sólo puede calmarle y llenarle. Y en esto, precisamente, consiste la locura del socialismo y de la falsa democracia, en que separa al pueblo de Dios, creando el infierno sobre la tierra. San Francisco de Sales refiere en su hermosísimo libro, «*Tratado del Amor de Dios*», que un día Santa Catalina de Génova, viendo librar á un poseso del maligno espíritu, quiso le preguntase el exorcista su nombre; á lo que contestó el demonio: «*Me llamo el desgraciado, privado de amor*», es decir, de Dios. En esto consiste el infierno!...

Hagamos, pues, que reine Dios en el corazón del pueblo y le haremos vivir en un bello paraíso. Un santo Sacerdote de Marsella, el abate Allemand, muerto en olor de santidad, puede servirnos de ejemplo. Durante más de 40 años, agrupó á su alrededor la juventud de aquella populosa ciudad. Los jóvenes le llamaban su padre, y

le amaban y obedecían como al mejor de los padres. Cuando llegaban á ser padres de familia, continuaban profesándole la misma obediencia y amor. Que ¿cómo pudo conquistar aquellas almas? Coartando sus pasiones y animándolos á practicar penitencias y mortificaciones heroicas, diciéndoles: «*Hijos míos, vuestros mayores enemigos son la vanidad y los placeres.*» De esta manera conservaba la fe en aquella gran ciudad, conservándola en los corazones de sus fieles.

El celoso capellán de la guarnición de Angers, se hizo dueño del corazón de sus soldados; ¿sabéis cómo? Predicándoles cada año, durante tres días de retiro, del que salían más aguerridos soldados, y más fervorosos cristianos. «En mi retiro anual, me decía un día el ilustre general de Sonís, templé mi valor y encontré mi felicidad.» «El mundo jamás correría riesgo de perderse, si, al decir del Cardenal Guibert, cada año el pueblo pensase durante tres días en las verdades eternas.» Es, pues, un crimen y una locura trabajar por obtener el bienestar del pueblo sin trabajar por la santificación y salud de su alma. Sería hacerle perder al mismo tiempo la tierra y el cielo, al decir de San Agustín: «*Aeterna neglexerunt, terrena quæsierunt, utraque amiserunt.*»

Cuidemos mucho de atraerle á la iglesia con el esplendor sublime de las ceremonias religiosas, donde únicamente encontrará la verdadera igualdad, libertad y fraternidad, dulce encanto de la vida, diciéndole que si Dios prefiere entre sus hijos á unos más que á otros es ciertamente al pobre. Cuando el pueblo comprenda esta sublime doctrina, se abrazarán los ricos y los pobres, y este mismo abrazo salvará al mundo. Los falsos amigos del pueblo le engañan, prometiéndoles grandes cosas, y después nada hacen por él. Amemos al pueblo, como le amó Jesús, con desinterés. Él derramó por el pueblo su sangre, y perdió su vida, y le colocó en sitio de honor en la gran familia humana, sin adularle.

Escuchad estas bellísimas palabras de San Gregorio el Grande, salidas de su boca como lluvia de oro é inspiradas por su corazón de padre del pueblo: «Aquél que descendió de los cielos y que es el Señor del mundo, no desdeñó parecerse á los humildes del pueblo, conversar con ellos y abrazarlos con grandísimo amor. *Ecce qui de coelo venit, et servo in terrâ occurrere non despicit.* Rehusó ir á la morada del hijo del rey, y con grande gozo siguió al criado del Centurión: *Qui ad filium Regis ire noluit ad servum vero centurionis ire paratus fuit,*

enseñándonos así á apreciar al hombre, no por sus vestidos y sus riquezas, sino por su primitiva grandeza, y á no despreciar jamás á los pobres y á los pequeñuelos. Ya que, sin cesar, el orgullo nos hincha, aprendamos aquí á humillarnos! «*Sic superbia nostra retunditur.*» No juzguemos jamás como juzga el mundo, apreciando el hombre por su brillo exterior, sino por lo que haya de grande en él: su semejanza con Dios y las cualidades de su alma. «*Quae circumstant in hominibus pensat et honorem Dei in hominibus non agnoscit.*»

«No seréis discípulos de Jesucristo, dijo el Apóstol Santiago antes que San Gregorio el Grande, si en vuestras asambleas hacéis menos caso de los pobres que de los ricos; y cuando el pobre tenga hambre y frío, os contentáis con darle buenas palabras y no acudís en su socorro. El cristiano no tiene necesidad de nuestros socialistas para aprender á amar y hacer feliz al pueblo.»





CONCLUSIÓN DE NUESTRA TESIS

El Pueblo y el Clero.

I.—Misión del pueblo.

De todo cuanto hemos dicho debemos sacar conclusiones prácticas.

La sociedad desciende, casi siempre, á impulsos de los ricos y poderosos; y para levantarla se vale Dios siempre de los pobres y pequeños.

El Profeta lo dice: «Los poderosos de la tierra han preparado en sus aljabas sus flechas emponzoñadas, *«paraverunt sagittas in pharetrâ»*, para hacer la guerra á Dios y á su pueblo; y cuando van á entonar el himno de triunfo, Dios, Padre y Defensor del pueblo, toma en sus manos su causa, y sepulta á los impíos y malvados en los abismos que ellos mismos abrieron. *«Incidit in foveam quam fecit.»*

Esto es lo que ha sucedido siempre en la sangrienta lucha librada en la tierra entre los buenos y los malos desde Caín hasta hoy.

Siempre los pobres y los pequeños han sido las víctimas; mas Dios siempre ha in-

tervenido para defenderlos, y sólo por esto descendió del cielo. «En estos tiempos más que nunca, al decir de León XIII, la salvación de los Estados depende del pueblo. Considerad los acontecimientos, de los hombres y os convenceréis.»

La historia de la Iglesia confirma esta gran verdad. Abrid sus páginas y veréis que sólo por los pobres y los pequeños la Iglesia ha alcanzado sus grandes victorias.

Por la pobreza y el martirio de los primeros cristianos, venció al paganismo; por la pobreza y las llagas de San Francisco de Asís, triunfó en la Edad Media; por el pueblo pobre de Francia, destrozó el protestantismo. Débense recordar estas páginas de las más brillantes de nuestra historia, porque se han olvidado demasiado; es toda una revelación para el porvenir. «Los gentiles hombres, según un antiguo historiador, los viejos soldados que, durante el sitio, rodeaban al rey de Navarra, no se explicaban cómo un ejército de mozos de cuerda, jornaleros, harapientos y mujercillas tuviesen valor para hacerle frente.» Y, sin embargo, ¡ellos, exclama M. de Meaux en su libro *«Las luchas religiosas»*, decidieron la suerte de Francia y de la Religión! Esto hace el pueblo cuando está unido al Clero. ¿Por ventura no ha dicho el Espíri-

tu Santo que *Dios elige lo pequeño para confundir lo fuerte?*

Los enemigos de Dios, Judíos, Protestantes y Francmasones, poderosísimos hoy, nos atacan á la vez: *Convenerunt in unum!* ¿Será preciso desmayar? No; no temamos: por los pequeños y los pobres, la Iglesia alcanzará la victoria. Mas, para que los pobres y los pequeños sean un instrumento de Dios, es preciso darles pastores dignos de Dios.

II.—Misión del Clero.

El Sacerdote tiene en sus manos el porvenir de la sociedad. Cuando el Sacerdote progresa en santidad, la sociedad progresa también; mas cuando el mundo marcha á la barbarie es porque el Sacerdote, que es la luz del mundo y la sal de la tierra, ni le ilumina ni le conserva. Si en el siglo XII el Clero hubiese escuchado la voz amorosa de San Bernardo, no se hubiesen dado los escándalos del Maniqueismo Valdense y Albigense. Si en el siglo XV el Clero hubiese escuchado á Gersón, Pedro de Ailly y al Cardenal Cesarini, no se hubiesen dado los escándalos desgarradores del protestantismo, y Bossuet no hubiese lanzado á los aires este grito doloroso: «Este Cardenal, el hombre más eminente de su tiempo, deploraba estos males, cuyos estragos funes-

tos preveía ya; no se equivocó: hemos visto cómo esta secta formidable ha desolado á la Iglesia!» El Sacerdote está hoy obligado á emprender la vida de trabajo y sacrificio que exige la lucha presente: que una debe ser la vida del soldado en tiempo de paz, y otra en tiempo de guerra.

«No permitamos nunca, dice Montalembert, que crean que en tiempo de lucha el temor nos aparta de los trabajos y crudeza del combate; y si esto se le dice al católico, con más razón se puede decir al Sacerdote de Jesucristo. ¿No ha recibido él la gloriosa misión de conducirlos al combate?»

Jamás fué la lucha tan ardiente y decisiva. Para triunfar necesitamos de héroes que sepan vencer ó morir. En la Iglesia nunca han faltado estos héroes. Ella los produjo para que luchasen contra el paganismo, contra los antiguos bárbaros, y ella los creará en la época presente para que luchen contra los nuevos paganos y los nuevos bárbaros.

La revolución ha separado violentamente á la Iglesia de la sociedad civil, y esta separación es su muerte: á nosotros toca salvarla, conquistándola para Cristo.

«Cuando los pueblos se retiran de los pastores, ha dicho León XIII, es preciso que los pastores corran á los pueblos. Su

gran Pontificado **f**ué la realización sublime de estas palabras.

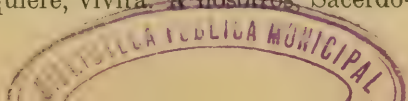
Vayamos al pueblo sin temor: «el que teme á los hombres, dice San Ignacio, no hará jamás nada por Dios.» Vayamos, pues, al pueblo con valor, y sobre todo con amor.

«Yo he venido á la tierra á traer fuego, y ¿qué he de querer yo sino que arda?» Necesitamos, pues, hoy Sacerdotes que esparzan por el mundo este fuego divino.

En otro tiempo las muchedumbres se agrupaban alrededor de los altares y de los confesonarios; mas hoy corren tras de la vanidad y de los placeres. Urge, pues, atraerlas á Dios, manifestándoles que estamos llenos de solicitud por sus intereses materiales, y embelleciendo nuestros cultos con los más atractivos encantos. Conviene probar al pueblo que los placeres puros que dá la piedad, son más suaves y deleitosos que los que ofrece el mundo.

En la hora actual, no es oportuno tratar de la cuestión de forma de gobierno; la cuestión capital que debe preocuparnos es salvar el alma de las naciones; porque si la sociedad permanece cristiana, vivirá; mas si se hace pagana, su muerte es segura, pues es segura su corrupción.

Si la sociedad tiene Sacerdotes como Jesús los quiere, vivirá. A nosotros, Sacerdo-



tes de Jesucristo, toca, pues, levantar en alto nuestra bandera, formarnos en ordenado batallón para salvar al mundo.

Disponemos de la oración, de la pluma y de nuestras obras: tenemos nuestros capitanes, los Obispos, nuestro general, el Papa, y nuestra bandera, la Cruz!

Lo que el Clero debe hacer en la sociedad, en presencia de las legiones del infierno, cada cura debe hacerlo en su parroquia.

«Es preciso disputar, palmo á palmo, el terreno al enemigo; es preciso conquistar los pecadores uno á uno, alma por alma, teniendo, como aconseja San Carlos, una lista exacta de todos los parroquianos; lista que debe leer á menudo á los pies de su crucifijo, á fin de conocer todas las necesidades de cada alma y de cada familia; á fin de conocer á los ignorantes que debe instruir, las familias que debe reconciliar, los pecadores que debe atraer: unos á la asistencia de la Misa, otros á la frecuencia de los Sacramentos, aquéllos á sus deberes de estado, sobre todo los que miran á la paternidad cristiana.

Obrar así, es ser pastor y padre, según el corazón de Jesucristo. En los Seminarios debe empezarse el gran trabajo de la santificación. Nunca se cuidará lo suficiente del Clero en estas casas levíticas. El hombre es

siempre lo que ha sido en su infancia y en su juventud. Los Seminarios son los moldes, y los Sacerdotes son lo que son los seminaristas. Poco importa que haya muchos Sacerdotes. Lo que importa es que sean santos. Para un ministerio angelical se necesitan ángeles; y lo que más importa al Clero y á los fieles es la buena organización de los Seminarios. Todo Sacerdote, en su parroquia, debe ocuparse en esto continuamente, y comenzar por educar é instruir él mismo á los niños escogidos para ofrecerlos á los Seminarios, después de haberlos formado en la piedad, inculcándoles el espíritu de oración. Escogiéndolos y santificándolos así, el Clero salvará la sociedad.

El Sumo Pontífice marcha á nuestra cabeza. Á nosotros toca seguir en filas cerradas su gloriosa bandera. Él nos enseña de qué manera debemos amar y hablar al pueblo: amémosle y hablémosle como Él lo ama y le habla. Oídle exhortar á los obreros en la última peregrinación á Roma: «¡Oh mis queridos! ¡qué dicha al veros reunidos alrededor de vuestro Padre! Sabed que la vida es una peregrinación del tiempo á la eternidad. No os dejéis engañar por las falaces utopías, y aceptad siempre, como un hecho necesario, el trabajo, el sufrimiento y la diversidad de clases y

condiciones de la vida; juzgad acerca de todas las cosas á la luz de la fe; y mostráos dignos de vuestro noble título de obreros cristianos. Amad mucho á vuestros buenos y piadosos patronos; amáos mucho los unos á los otros, y cuando os abrume el peso de vuestros trabajos, mirad al cielo, y pensad en el divino obrero de Nazaret. La oración y los Sacramentos fortificarán vuestro valor, y os darán siempre perseverancia y consolación!»

León XIII, en sus magníficas Letras de 25 de Noviembre de 1898, dirigidas á la Orden de San Francisco, dice á los Sacerdotes:

«Predicad ante todo al pueblo. El pueblo pobre que se equivoca y se pierde, está hambriento de verdad, y es preciso saciarlo. Importa, pues, estudiar de cerca las muchedumbres, que son presa de la pobreza y del trabajo. Conviene instruirlos, aconsejarlos y consolarlos con amor: he ahí el deber de todo predicador. Lo hemos dicho en Letras Encíclicas, en particular en la que trata acerca de la *Condición de los obreros*, y en la de *la Francmasonería*; sólo y exclusivamente por el interés del pueblo las hemos escrito, á fin de enseñarles sus derechos y deberes, y velar, como es justo, por su salvación. Y queremos que nuestra voz sea oída, porque no es lícito á ningún

católico mirar con indiferencia las reglas é instrucciones del Romano Pontífice.»

¿Por ventura pudo hablar el sabio Pontífice con más claridad ni mayor elocuencia? Hablando así para la salvación del pueblo, el Sumo Pontífice habla también para la salvación del mundo: «*Os orbi sufficiens*», y prueba con el esplendor del genio, que toda la civilización, viene del Evangelio predicado al pueblo; que nada está más acorde con la razón que la fe, y nada más acorde con la ciencia que la razón esclarecida por la fe.

Así ha hecho que la Iglesia gane terreno á sus enemigos, los que se han visto forzados á escribir en los periódicos estas palabras que repetirá la historia: «León XIII es el más esforzado y valiente debelador nuestro; su amor por el pueblo y su política social hacen que la Iglesia ocupe el primer lugar en la batalla social.» Guardemos en el corazón esta declaración y felicitémonos por esta política de tanto alcance de nuestro inmortal Pontífice. Sigámosle, que él tiene la misión y la gracia de conducirnos á la victoria.

* * *

El momento es crítico. En la época en que vivimos, necesitamos de gigantes y de héroes, y sólo la oración y súplicas

cas á Dios engrandecen y agigantan al hombre.

No se ora ni se pide bastante. Vigilad y orad, nos dice el Señor: «*Vigilate et orate.*» Es preciso templar el corazón con el fuego de la oración, y hacer, si para ello es posible, una peregrinación á Roma y á Jerusalén: nada completa mejor la educación y los estudios sacerdotales. En ningún libro se puede aprender ni sentir mejor las grandes lecciones y las emociones sublimes que se aprenden en Roma junto al gran Pontífice, y sobre la tumba de los santos Apóstoles; y en Jerusalén, sobre el Calvario y el Santo Sepulcro, desde donde irradia sobre el mundo su fuego y su luz, la antorcha esplendorosa de la fe: «*sine fide nihil potestis facere.*»

Sacerdotes del Señor, id á Roma y á Jerusalén para abrasar vuestros corazones en el fuego del divino amor. No os detengáis en la superficie de las cosas; descended hasta sus profundidades: «*in interiora rerum.*» Si queréis instruir al pueblo y hacerle mucho bien, sed hombres de oración; que el tabernáculo y la biblioteca sean vuestras delicias; orad mucho, estudiad mucho, reflexionad mucho: «La tierra está desolada por falta de oración»; escudriñad siempre: «*scrutamini*».

Tres cosas debe escudriñar el Sacerdote

sin cesar: su conciencia, para purificarla y santificarla; la Sagrada Escritura, para nutrirse; los acontecimientos y los hombres, para dirigirlos: porque el Clero tiene esta misión sublime. Él debe ser siempre la autoridad á quien se consulte y escuche, y que pronuncie su palabra decisiva acerca de todas las cuestiones de orden religioso, intelectual y social, con la cual la opinión pública sepa á qué atenerse. Para esto es preciso trabajar y trabajar mucho.

El Clero para bien orientarse debe ver las cosas de muy alto, y, como faro colocado sobre inmensa altura, debe dirigir la humanidad que de continuo navega entre escollos y tempestades.

Debe enseñar al pueblo que toda cuestión política encierra una cuestión religiosa, porque en este mundo no hay más que dos poderes que se disputan su imperio: el bien y el mal, Jesucristo y Satanás, la Iglesia Católica y sus eternos enemigos. Son las dos ciudades que tienen cada una su bandera. El Sacerdote debe hacer ver al pueblo que seguramente hoy, como en todos los siglos, el triunfo será de la Iglesia Católica, la verdadera Ciudad de Dios. Ella es el Cuerpo místico de Cristo: *Corpus ejus quod est Ecclesia*; y todo lo que se verificó en Jesucristo debe realizarse en la Iglesia.

El pasado nos garantiza el porvenir.

Sigamos paso á paso su historia, que es la historia misma de Jesucristo.

Apenas nace Jesucristo, es perseguido por Herodes; y, como Jesús, la Iglesia es perseguida en su cuna, y, como Él, marcha á Egipto huyendo de sus perseguidores.

Después de haber triunfado Jesús de Herodes, aparece en su juventud en medio de los doctores; y, como Él, la Iglesia, después de haber triunfado de sus enemigos al través de los siglos, aparece siempre joven, enseñando al mundo con su frente ceñida con la aureola de luz de sus grandes Doctores.

Jesucristo pasa oculto en Nazaret una vida laboriosa é ignorada; é igualmente la Iglesia vive oculta en sus primeros años en sus silenciosos monasterios dedicada al trabajo y á la oración.

Jesucristo sale de su soledad para comenzar sus grandes predicaciones: la Iglesia sale igualmente del largo y profundo silencio de sus monasterios, asombrando al mundo con la elocuencia maravillosa de los ilustres predicadores apostólicos de las Órdenes de Santo Domingo y San Francisco.

Antes de su pasión, y durante tres años, Jesús ve en su presencia al discípulo que le traicionaba en su corazón; é igualmente la Iglesia ve en su presencia durante tres

siglos el protestantismo, hijo de Lutero, que le ha traicionado, uniéndose á los judíos y francmasones, los que en su pasión trabajan como trabajaron en la de Jesucristo Caifás, Herodes y Pilatos. Como en la Pasión de Jesucristo, los judíos son el alma del complot; pagan á los verdugos y darán al mundo el Anticristo: la importancia inaudita é inesperada que ha tomado en nuestros días la cuestión judía lo prueba. Mas, después de su Pasión, la Iglesia, como Jesucristo, alcanzará ruidoso triunfo, saliendo gloriosa de la tumba donde pretendieron encerrarla sus enemigos.

Y mientras tanto el pueblo hace con la Iglesia lo que hizo con Jesucristo.

Antes de su Pasión le llevaba en triunfo; y siempre ha llevado en triunfo á la Iglesia antes de sus persecuciones. Durante la Pasión, engañado y ciego gritaba: Crucifícadle, crucifícadle. Así exclama, mirando á la Iglesia en su dolorosa Pasión: Crucifícadla. Después de su Pasión, antes de su resurrección gloriosa, cuando aún no había bajado del Calvario, reconocía su falta y golpeábase el pecho: «*Et omnis turba percutiens pectora sua revertebantur.*» Y cincuenta días después corría á los pies de los apóstoles en número de tres mil y cinco mil cada día pidiendo el Bautismo, entrando en la gran familia cristiana, en la que

permanecían unidos en el corazón y en el alma: «*Erat cor unum et anima una.*»

Ved aquí al pueblo, siempre pronto á la seducción y al desengaño. Cuando el pueblo desengañado de las falsas promesas de los impíos vuelva á Jesucristo, comenzará en el mundo el reinado social de Jesús. Anunciar esta vuelta y este triunfo es anunciar el porvenir, y prever la historia; pero antes de este triunfo, ¡cuán dolorosa es su Pasión, y cuán sangrienta y empeñada la lucha!

Lucha suprema.

Hemos llegado á los tiempos anunciados por San Pablo. Hagamos lo que él nos aconseja: «Vendrá un tiempo, dice, *erit enim tempus*, en que el pueblo se dejará seducir, y se apartará de vosotros que le predicáis la verdad, «*A veritate quidem auditum avertent*», para creer en los tiranos y en los maestros y periodistas mentirosos: «*Coacervabunt sibi magistros et ad fabulas convertentur.*» Notad esta palabra: «*coacervabunt*», se hará de todos ellos como una montaña: esto se cumple á la letra.

«No hay que dormirse, añade el Apóstol; importa estar sobre la brecha día y noche: «*Tu vero vigila*». Es preciso trabajar sin cesar por adquirir una gran ciencia, porque el pueblo gusta de ver sobre la ca-

beza de sus Sacerdotes la aureola de la sabiduría, y dedicarse á toda obra de caridad espiritual y corporal, hasta empapar la tierra con el sudor de nuestra frente: «*In omnibus labora*». Y sobre todo es preciso predicar sin cesar con la palabra y con la pluma, con santo ardor, para llevar á todos los corazones el fuego del divino amor. Y no podemos hacer esto ni cumplir con los deberes de nuestro santo ministerio, sino desdennando las dulzuras de la vida, y abrazándonos á la cruz del Salvador: «*Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple; sobrius esto*».

Ved lo que es preciso hacer. Si lo hacemos, no hay que temer: el pueblo vendrá á nosotros, y alcanzaremos la victoria.

No nos desmayemos ni temamos, escribía poco ha el valiente Obispo de Montpellier á sus sacerdotes: «*Dios es necesario al mundo; y Dios está con nosotros para la salvación del mundo!*»

Está bien; mas es preciso que cada Sacerdote haga para la salvación del mundo lo que ha hecho este Dios de amor: inmortalarse... El pueblo creerá entonces en nuestro amor.

El pueblo creyó en el amor de Monseñor Affre, muriendo por él sobre las barricadas; creyó en el amor de San Vicente de Paúl, recibiendo sus huérfanos; en el amor

de la Hermana de la Caridad, que abandona las comodidades de la vida, para curar sus llagas cancerosas; creyó en el amor de San Antonio de Padua, bajando del cielo para dar de comer á sus pobres. El pueblo creerá en vuestro amor si os preocupáis de su bienestar espiritual y corporal, y si sufrís y os inmoláis por él.

No alcanzaremos su estima, sino por la santidad de nuestra vida; ni su corazón, sino por la caridad.

Sacerdotes del Señor, ¿queréis hacer milagros en medio del pueblo? Haced que éste pueda decir: «Nuestro Cura va con preferencia á casa de los pobres; ellos son sus amigos, él cuida y ama á nuestros hijitos, no piensa más que en remediar nuestros enfermos y nuestras necesidades, á costa de grandes sacrificios; él se interesa por el apostolado de hombres, el cual forma sus delicias; deja diez mujeres en el confesonario para confesar á un hombre, acude con bondad á los pobres y afligidos; con los que comparte cuanto tiene.»

Obrad así y haréis grandes milagros en vuestra Parroquia, y vuestra Parroquia será un paraíso.

No nos hagamos ilusiones. Vivimos en una época en que hacen falta gigantes de santidad! Si queréis crear energías católi-

cas, es preciso tengáis entusiasmos y energías de mártir!

Por el pueblo vendrá la salvación. La transformación será dolorosa; mas se verificará el milagro. San Francisco de Sales nos dice que, en su tiempo, cuando una familia de la alta sociedad tenía un parto doloroso, en lugar de llamar á un Grande de la tierra para ser su padrino, se le daba por padrino el más pobre de la comarca, y el parto era entonces felicísimo.

Existen grandes y riquísimos tesoros en el corazón del pueblo; mas, para encontrarlos, es preciso abrir profundo surco. ¡Muy insensato sería pretender realizar su salvación, sin trabajar y sufrir mucho; como también pretender contener el ímpetu de las aspiraciones populares que fermentan en los corazones! No; no se trata de contener este impetuoso torrente, sino de dirigirlo.

El pueblo nos pertenece: Dios nos lo dió. La fiera masónica nos lo ha arrebatado: á nosotros toca arrebatárselo, cueste lo que cueste. El león de Florencia tenía en su boca, llena de espuma, el niño que había arrebatado á su madre; mas se vió forzado á devolver su presa á la invencible Madre!

La Iglesia, como madre del pueblo, le arrancará de las garras de la masonería por el esfuerzo de sus Sacerdotes. Por eso nos

dice por boca de León XIII: «Amad al pueblo, íd al pueblo, librad al pueblo de los mentirosos que le engañan, y de los malvados que le oprimen; íd al pueblo y amadle como yo le amo. Por el pueblo la Iglesia alcanzará su triunfo; la hora de este triunfo llegará cuando el pueblo vuelva al Señor.

Adelante, pues, Sacerdotes Católicos: vayamos al pueblo, amemos al pueblo. Los Sacramentos son para los hombres; y como el Sacerdote es como un Sacramento, debemos darnos al pueblo sin reserva. Si los hombres no vienen, es preciso buscarlos; sin esto, el pueblo no estará con nosotros, estará contra nosotros. En el pueblo está la fuerza, en el pueblo está el número. Pongamos esta fuerza y este número al servicio de Dios, y salvaremos al mundo! Nuestros enemigos no son fuertes más que por nuestra debilidad: hablando más alto y más fuerte les haremos callar, y el pueblo nos comprenderá, volverá á nosotros, y nuestros enemigos serán vencidos.

En una Parroquia de Francia, en la que después del grito satánico: *El clericalismo es el enemigo*, el pueblo se había alejado del Cura y de la religión; fueron misioneros populares, y los hombres, conmovidos por la predicación diaria, exclamaban: «Sentimos en el alma haber dado oído á

aquellos que nos decían que los enemigos del pueblo son los Curas, y habernos dejado dominar por los sectarios y mercenarios de los judíos. Dejad que vengan las elecciones, y tomaremos la revancha. Así lo hicieron con grande valentía, y la Párrroquia se libró de la tiranía de los sectarios.

Lo repito: hablemos más alto y más fuerte y nosotros seremos los vencedores!

Poco ha tuvo tuvo lugar en Ferrières (Loiret), la coronación de Ntra. Sra. de Belén, y al colocar Monseñor el Obispo de Orleans la corona sobre la cabeza del Niño Jesús y de la Virgen, cayeron á tierra las dos coronas. Todos sintieron una conmoción profunda. Pero de pronto un obrero se levantó y colocó con sus manos las dos coronas; la alegría fué universal. «Alegrémonos, exclama después el Obispo: porque en este hecho hay un símbolo profético: vendrá un día en que el pueblo, después de haberlo probado todo y desengañado de todo, unirá su fuerte mano á la mano del Clero, y cuando llegue este día, el Clero y el pueblo coronaremos á Jesús y á María. Y cantarán los ángeles del cielo; Gloria á Dios en las alturas y Paz á los hombres en la tierra...!





LEÓN XIII Y PÍO X

(ESTE ARTÍCULO ES DEL TRADUCTOR) (1)

León XIII pasó por el mundo, como pasa el sol por la naturaleza envuelta en el frío sudario de la noche, derramando su luz sobre los abismos que la irreligión ha abierto para alejar de ellos la sociedad, donde hallaría una muerte desastrosa. El mundo entero ha hecho justicia á esta gran lumbrera del Pontificado, llamándole «*El Sabio*». Sus encíclicas son faros, que hacen llegar la luz creadora de la verdad hasta las simas más profundas del revuelto é hirviente mar de las pasiones, donde anida el vicio en asqueroso cieno; y hasta las cumbres del naturalismo, donde el error tiene

(1) En la edición francesa existe un artículo intitulado «*León XIII, Padre del Clero y del pueblo,*» durante cuyo pontificado escribió este libro su autor. Mas, como la traducción ha sido hecha en el pontificado de Pío X, que, á juicio de todos, ha recibido una misión providencial, ha parecido oportuno omitir el artículo del autor y escribir el presente.

Para ésta y demás modificaciones que el traductor ha creído conveniente hacer en la presente obrita, ha recibido amplias facultades del M. R. P. Provincial de los PP. Capuchinos de la provincia de Tolosa (Francia) á los que pertenecía el M. R. P. María Antonio.

enhiesta su bandera. En ningún siglo, como en el pasado, y en el presente, estuvo más comprometida la Verdad Católica por el supremo esfuerzo del naturalismo, que produjo tantos sistemas en el orden científico, filosófico, religioso, social y económico, y derrochó tanta fosfórica luz, que el mundo deslumbrado, llamó á este siglo «*El siglo de las luces*», sin conocer que esa luz no salía de puros y áureos manantiales, sino de infecciosos focos, como luz que durante la noche surge en los cementerios de las tumbas, donde hierve asquerosa podredumbre.

Para oscurecer el brillo engañoso de la luz del naturalismo, y salvar á la Iglesia herida de muerte, Dios debía hacer algo más que poner sobre la cumbre del Pontificado la llama esplendorosa de la fe «*lucerna lucens*»; debía crear un mundo.. y ese mundo fué León XIII, cuya luz no sólo salvó la Europa, iluminándola, sino que atravesó los mares, llegó hasta América, á la que arrancó de nuevo de las garras de la barbarie, y la puso amorosa, humilde, suplicante, á los pies de Cristo; penetró en Asia, ahogando en oleada de luz la corrompida civilización árabe; y llegó hasta las más ocultas selvas de la Oceanía, á cuyos feroces habitantes les llevó la paz, la civilización y el progreso con sólo hacerles mi-

rar... al Cielo! Y cuando no quedaba en la tierra nada que iluminar, porque á todas partes había llegado la luz católica, este mundo esplendoroso tuvo su ocaso, hundiéndose, con soberana majestad, en el océano de lo Infinito, dejando tras de sí en la tierra luminosísima estela, que jamás borrarán los siglos, y que será siempre para los mortales que navegan en el mar borrascoso de la vida, la vía marítima que les lleve sin riesgo ni peligro al Cielo.

Esto fué León XIII. Mas, León XIII, con ser un coloso, no pudo terminar la misión sublime, salvadora, que Dios ha confiado á los Pontífices de los siglos de los neobárbaros liberales; porque León XIII fué «*Lumen in cælo*», luz del cielo, y la humanidad, para no desprenderse de los brazos amorosos de Cristo, además de luz en la inteligencia, necesitaba fuego en el corazón; fuego que abrase y destruya hasta los más ocultos gérmenes de las pasiones, sobre todo las del sensualismo, que deja sin energías á la sociedad, envileciendo al individuo, corrompiendo la familia y degenerando las razas; fuego que destruya la nieve del egoísmo frío y calculador, que tiene levantados en sangrienta y fratricida lucha á los hombres, haciéndoles deponer las armas y estrecharse en fraternal abrazo; pero, sobre todo, fuego que haciéndonos mirar

á todos al Gólgota y al cielo nos haga exclamar: *¡Salve Crux, spes unica!* ¡Salve, oh Cruz, única esperanza nuestra. !
. ¡Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; ! ideas sublimes que sintetizan cuanto en el orden científico, económico y político puede ponernos en posesión del orden social, de la paz y de la felicidad, por una libertad soberana y una universal fraternidad: la fraternidad y libertad de los hijos de Dios.

Dios abrió en la cima del Papado el cráter del fuego divino que transformará al mundo en el siglo XX; y si León XIII fué *«lumen in cælo»*, Pío X, el Pontífice de las indulgencias y del perdón, el Pontífice de la Eucaristía, el que en la serie larguísima de los sucesores de Cristo ha sabido interpretar mejor que ninguno, y de tal modo la aspiración sublime y misericordiosa del Corazón Divino de Jesús, que no parece sino que, recostado, como el Apóstol San Juan sobre el pecho de Cristo, ha recibido las inefables confidencias de su alma, Pío X es *«Ignis ardens»* fuego ardiente, y, como tal, la salvación del mundo. Su providencial y magnífico lema lo confirma: *«Instaurare omnia in Christo»*, restaurarlo todo en Cristo. El mundo, haciéndole justicia, le llamará *«El Santo»*.

Estos dos últimos Pontífices de la Iglesia, absolutamente providenciales, y Pío X hasta por lo inesperado de su elección, prueban la Providencia de Dios sobre el mundo, la divinidad de la Iglesia, como coadjutora de la Providencia divina en la salvación de la humanidad, y que fuera del Pontificado no hay salvación posible.

En el ejército de Cristo hay soldados cobardes, que, llenos de miedo ante el poder avasallador de los impíos, cruzados de brazos, retroceden dejándoles ganar terreno con mengua de la gloria de Dios y grande mal de las almas. Estos miserables quieren cohonestar su cobardía hasta pensando que esta lucha sangrienta es obra de la Justicia de Dios, que pasa por el mundo, y es preciso dejarla pasar. A los discípulos cobardes que pensaban así, les respondió Cristo: Fuego he venido á traer sobre la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda? Y á los cobardes que hoy temen, les dice lo mismo: Fuego he puesto sobre el Vaticano ¿qué he de querer sino que la tierra arda?

Cristo no quiere que perezcan los pecadores ni aún los impíos. Lo que Él quiere es que los impíos y pecadores ardan en el fuego abrasador de su amor, para que se salven; y para ello desea que sus Sacerdotes extiendan por el mundo el fuego de la Caridad que Él ha puesto en el Vaticano,

sin temer el hambre, la espada, la persecución, ni aún la misma muerte.

Así, pues, el primer medio, para que se puedan dar al pueblo los remedios indicados, es que el «*Sacerdocio Católico*» se inspire en Pío X, que observe fielmente sus mandatos y sus consejos; que imite sus ejemplos, y evite la corriente moderna, la orientación satánica de los despreocupados modernistas que llevan hoy á cabo la obra más satánica de los siglos: *La obra satánica de paganizar al Sacerdocio*, creando un Sacerdocio que todo lo espera de las fuerzas humanas, prescindiendo de la acción de Dios.

Estos infelices tendrán siempre que exclamar al fin: *Totam noctem laborantes, nihil cepimus*. ¡Desgraciados! Oíd la voz amorosa de Cristo: *¿Quare dubitasti?*

San Francisco de Asís.

«Dios, al decir del Profeta, es admirable en sus santos.» En medio de los innumerables santos, que brillan como estrellas en el firmamento de su Iglesia, ha colocado al Serafín de Asís, como astro de primera magnitud. Dios se ha complacido en hacer brillar en él su poder y su amor: «*Mirificavit sanctum suum*». Imprimiendo en su cuerpo los estigmas de su gloriosa pasión,

le ha confiado la incomparable gloria de revelar de nuevo al mundo la grandeza de sus dolores y las maravillas de la Redención. Al contacto de su corazón seráfico el mundo frío é indiferente *frigescente mundo*, se inflamó en el fuego del divino amor; y dióse en el siglo XIII el sublime espectáculo de los primeros siglos cristianos, en los que los pueblos amantes de Cristo eran inefables paraísos.

León XIII, hijo amantísimo y admirador profundo de este Santo, ha bebido en su corazón á raudales el amor que sentía por el Clero y el pueblo, y que extendió por el mundo en una inspiradísima Encíclica, apoteosis del Pobre de Asís, escrita con el sublime lirismo del amor que contempla los triunfos de un amor casi divino.

¿Qué es, en efecto, la vida del Serafín de Asís sino un perpetuo éxtasis de amor? Sólo al pensar en Cristo ú oír su Santo nombre se estremecía su corazón, y vibraban sus delicadísimas fibras, como cuerdas de inspirada lira. El mismo apasionado amor que tenía á Cristo tenía al Clero y al pueblo; porque en cada Sacerdote y en cada pobre no veía más que á Jesús. «Si yo tuviera tanta sabiduría cuanta tuvo el sapientísimo Salomón, y hallase los Sacerdotes pobrecillos de este mundo en las iglesias en que moran, no quiero predicar contra su volun-

tad; y á éstos y á todos los demás quiero temer, amar y honrar como á mis señores. Y no quiero en ellos considerar pecado alguno, porque yo veo en ellos al Hijo de Dios y son mis señores. Y por esto lo hago, porque ninguna cosa veo corporalmente en este mundo de ese Altísimo Hijo de Dios, sino su Santísimo Cuerpo y Preciosa Sangre, la cual ellos consagran y reciben, y ellos solos los administran á los otros.»

Lo que él decía del Sacerdote, lo decía del pobre; y estos dos amores eran como los polos de su vida seráfica.

Jamás, después de Jesús, el pobre y el pueblo han tenido un amigo más apasionado. Todos sus hijos han heredado este amor, por lo que puede decirse que la Orden seráfica es la Orden del pueblo.

«El pobre Francisco, al decir de Bossuet, es el mayor de los Santos y apasionado amador de la pobreza que ha existido en la Iglesia. Los pobres fueron sus preferidos. Su corazón sentía por ellos ternuras desconocidas hasta entonces en la tierra. Los quería entrañablemente, porque en ellos veía á Jesús.

Oíd el hecho siguiente que es todo un divino poema. Caminando San Francisco y un hermano encontraron á un pobre enfermo. El Santo llenóse de tierna compasión, al ver lo cual preguntóle el lego:

«¿Por qué le compadecéis? No sabemos si por alguna falta cometida le habrá sido causada la miseria.» El Santo reprendió enérgicamente este lenguaje, y el hermano confesó su culpa. «¿Quieres someterte á la penitencia que yo te imponga?» le dijo el Santo. «Lo haré con placer,» respondió el lego. «Corre, pues, y despojándote de tu túnica, póstrate ante el pobre é implora su perdón.» Y al volver de cumplir su castigo, el Santo le dijo al lego: «Ofendiendo al pobre, pecaste contra Jesús; Jesús estima extraordinariamente á los mendigos, porque son los que perpetúan en el mundo su divina fisonomía, llevando sobre los hombros la Cruz de sus miserias y de su pobreza.»

De la vida de este gran Santo, de su acción pasmosísima en el siglo en que vivió, dedúcese que:

La Orden Franciscana debe ser eminentemente popular.

Escribiendo, poco ha, León XIII al General de los Frailes Menores, le decía: «No limitéis en vuestros conventos los tesoros de gracias que Dios ha concedido á vuestra Orden: pensad que Dios os los ha dado para bien del pueblo. La historia, en páginas bellísimas, nos conserva para edificación y aliento de nuestra alma el amor y

heroica abnegación de los Franciscanos sacrificados en bien de la sociedad. «*Memoriæ est proditum Franciscum et alumnos ejus se totos populo dedere, et in salutis publico operam ponere acri diligentia*».


El gran Pontífice añade: «Entre los males de nuestra época y la de San Francisco y sus primeros hijos, existe una identidad perfecta. Para salvar á la sociedad es preciso hacer lo que hicieron San Francisco y sus primeros hijos: amar al pueblo como ellos le amaron: «*Tempus vobis est hæc exempla imitari*», y servirse de la Tercera Orden de San Francisco para transfigurarle, como ellos se sirvieron. Esta Orden admirable ha obrado maravillas sublimes en la sociedad, haciendo revivir en ella la virtud de los primeros siglos cristianos. ¿Por qué no obrarlos hoy? «*Franciscanus Ordo mirabilia fecit, quidni hæc eadem mirabilia renovare queat?*» Es preciso, pues, que todos hagan conocer y abrazar esta Orden admirable, en la que corre tan abundante la savia divina, propagándola por todos los medios posibles: predicación, libros, revistas, congresos. Habéis hechos grandes esfuerzos para este fin, mas es preciso proseguir; Dios os bendecirá.»

Así habla León XIII. ¿Puede resumirse de una manera más elocuente y soberana cuanto hemos dicho en nuestro libro? Des-

pués de estas magníficas palabras, no resta más que admirar, pedir y obrar. Y como la Orden Tercera de San Francisco, al decir del sabio Pontífice, es el gran medio de la regeneración social, se debe cumplir su deseo y su voluntad muy expresa, trabajando sin descanso por su propagación y su prosperidad.

¿Cómo ante la voluntad tan formal y expresa de Su Santidad puede dudarse ingresar en la Tercera Orden y extenderla por todas partes? *Lo que el Papa quiere, Dios lo quiere.* No dudemos, pues, ingresar en la Orden Tercera, y no olvidemos que no basta ingresar en ella y establecerla por doquiera, sino que es preciso hacerle producir los frutos de santidad y de salud, multiplicando sus miembros, sobre todo los hombres, y los hombres del pueblo. ¿No son ellos, en nuestra época, los amos de los destinos políticos y sociales? En otro tiempo ¿no pertenecían á nuestras Cofradías de penitencia? Es preciso, pues, hacerles trabajar no solamente en su santificación personal, sino también en la regeneración de la sociedad por todas las obras de celo que favorecen al bien espiritual y temporal del pueblo.

En los Congresos de la Venerable Orden Tercera debe tratarse especialísimamente este asunto.



EL SACERDOTE Y EL SOLDADO



ESTE ARTÍCULO ES DEL TRADUCTOR (1)

Luis Veuillot ha dicho que: «Dos manos fundaron la Francia: la mano del Sacerdote y la del soldado.» Este gran pensamiento puede aplicarse á España mejor que á nación alguna del mundo, en la que, desde Santiago Apóstol, su primer Sacerdote, hasta sus últimos héroes, los valientes soldados, que en el Rif acorazan hoy con sus pechos nuestra bandera, para que no lleguen á ella las balas enemigas, cada Sacerdote y cada soldado ha sido un héroe ó un mártir del santo amor patrio, el más inefable y divino de los amores, después del amor de Dios.

El soldado necesita ser héroe para ser soldado español, y no puede ser héroe sin

(1) No ha parecido conveniente insertar el artículo que bajo este título escribió el autor, por ser escrito sólo y exclusivamente para Francia. Y como al escribirlo el M. R. P. María Antonio quiso fijar la atención del Clero en la necesidad de formar buenos soldados que estuviesen presto á defender el trono y el altar contra el ímpetu furioso de la Revolución, de ahí que sobre el mismo tema se haya escrito el mismo artículo para no alterar en nada el pensamiento del autor.—
N. DEL T.

el Sacerdote; porque España, la bellísima Sultana, bajo cuyos pies se deshacen humildes dos mares, por su situación y sus riquezas es tan codiciada de ambiciosos y soberbios imperios, que sus hijos para defenderla, deben estar preparados siempre para la lucha y dispuestos á morir. Y este espíritu sublime de abnegación, este inefable holocausto es imposible sin que una fuerza más grande que el amor á la vida, tan natural en todos, impulse á los hombres á tener en poco la vida, á desear pelear hasta morir, cuando peligra la Patria!

Esta fuerza la da el Sacerdote al soldado, bendiciéndole antes de los combates en nombre de la Patria; enseñándole el Cielo donde Dios premiará sus heroísmos; y hablándole de Dios y de la Patria en el fragor de las batallas con el fuego y entusiasmo con que saben hablar los Sacerdotes.

Los imperios y las naciones tienen todos medios de apogeos y engrandecimiento muy diversos; pero España, para ser grande, según lo enseña su Historia, sólo dispone de la espada y del altar; y sólo el altar y la espada—en cuya empuñadura lleva una cruz, significando que su fuerza y su poderío lo recibe del altar, desde donde se ostenta al mundo la Cruz, como signo de regeneración y engrandecimiento,—

dieron á España días de glorias inmortales, que hoy quisieran para sí muchos gloriosos y encumbrados imperios.

Nuestros grandes y poderosos Reyes y nuestros valerosos Capitanes que hicieron proverbial en el mundo el valor y el honor del soldado español, escuchaban como á oráculos á los Sacerdotes, y después de las grandes victorias, de los triunfos colosales obtenidos sobre los enemigos, levantaban suntuosos templos al Dios que les había dado la victoria, comunicando á sus almas el sagrado fuego del heroísmo, al hablarles por boca de sus Sacerdotes.

El Escorial es un perpetuo é inextinguible acto de reconocimiento á Dios de la España Católica, la confirmación de esta importante verdad, y un anatema perpetuo contra los insensatos, los traidores, los malos españoles que pretenden secularizar al ejército, separándolo de la acción bienhechora del Sacerdocio.

Los que pretenden divorciar al ejército del Clero, valiéndose para ello de todos los medios posibles, aún los más innobles, como la mentira y la calumnia, debieran ser considerados por España como reos de lesa patria, como traidores que incitan á los soldados en tiempo de batalla á arrojar los fusiles y entregar sus banderas á los enemigos. Cuando el coloso de la gue-

rra, Napoleón, después de humillar y atar á su carro triunfal todos los tronos de Europa, se dispuso aherrojar á España y quitarle su corona, los españoles ahogaron en sangre y en lodo á los invencibles ejércitos franceses; y al ver Napoleón el tremendo desastre de sus soldados, exclamó, lleno de grandísima amargura: «Yo creía que era más fácil conquistar una nación de monjas y frailes.»

¡Qué lección ésta para los impíos que pretenden separar el soldado del Sacerdote!... Pero, sobre todo, ¡qué enseñanza para los reyes y los gobiernos que consienten la obra antimilitar y antipatriótica de los impíos!

Arrancar del corazón del soldado español la fe en Dios, que hace al hombre héroe, es hacerle cobarde y asesino: cobarde, que retrocede en los combates ante las balas enemigas; y asesino, que al grito de cualquier malvado revolucionario, de cualquier ambicioso advenedizo, levanta la espada contra la cabeza augusta de sus reyes, ungidos por Dios.

Un general del ejército francés escribía al periódico *La Croix*: «He reunido veinte rosarios todos los días, durante el año de 1899. Estos veinte rosarios serán rezados por los soldados, los oficiales y sus familias. Voy á continuar mi cruzada.»

Estos veinte rosarios, piadosamente rezados por los soldados, salvarán á Francia mucho mejor que sus cañones, sus ametralladoras y sus acorazados.»

¡Oh si hicieran y pensaran lo mismo nuestros Generales!

Patriotismo y religión son una misma cosa, al decir de León XIII: toda la grandeza, el poderío y la vida de la sociedad descansa sobre el Sacerdote y el soldado.

Los soldados salen en su mayoría del pueblo: de ahí la necesidad, la obligación sagrada del Sacerdote, de trabajar, de esforzarse por hacer buenos ciudadanos que mañana lleguen á ser fieles y valerosos soldados. Después de Dios, nada debe ser más apreciado para el Sacerdote que la Patria. Y hoy que nuestra queridísima España es tan combatida por enemigos externos é internos; hoy que crueles é ingratos hijos despedazan su corazón con sus traiciones, debe el Sacerdote alentar á sus buenos hijos, llenándoles de fuego el corazón y de entusiasmo el alma; y como Moisés en el monte Sinaí, mientras peleaba su pueblo, el Sacerdote debe levantar sus brazos al Cielo todos los días, sobre todo en el santo Sinaí del altar cuando celebra, diciendo á Dios:

Dios poderosísimo, Dios santo, que la España de tu querida Madre, la Virgen

del Pilar, la que en cien batallas peleó y
derramó su sangre defendiendo tus dere-
chos en la tierra; la que en Sevilla va á
poner á los pies del Divino Corazón, áurea
corona, signo de su universal y eterna rea-
leza, que la España de Covadonga y Le-
panto triunfe siempre de sus enemigos,
que son tus enemigos, para que Tuyos y
nuestros sean siempre el honor y la gloria.



APÉNDICE

1.º—Asociación de la Sagrada Familia.

Por esta Asociación se agrupan y estrechan en apretadísimo lazo todos los católicos de la Parroquia indistintamente, sin distinción de sexo y fortuna, con el fin de trabajar por el bien moral y material de los miembros de esta gran Asociación, tan recomendada por León XIII.

El señor Cura es el Director: él nombra doce miembros entre patronos y obreros para formar la junta. En cada grupo debe haber un celador y una celadora. Las condiciones para la admisión son las siguientes:

1.ª Presentarse al señor Cura con dos testigos que den fe de su honradez y hacer inscribir su nombre en el registro de la Asociación.

2.ª Asistir lo más puntualmente posible á la misa de la Asociación que se dirá en la Parroquia el primer Domingo de mes. El señor Cura procurará dirigir en ella una plática sobre la familia cristiana.

3.ª Rezar cada día en familia, en cuanto se pueda, un Padre Nuestro y un Ave

María, añadiendo tres veces la invocación: Jesús, María, José, que formáis la sagrada familia de Nazaret, proteged y santificad á toda nuestra familia y á todas las familias cristianas.

Los miembros de cada barrio asistirán á los funerales con el estandarte de la Asociación.

La Asociación pone á la disposición de sus miembros:

1.º Sillas gratuitas para la misa mensual y las funciones de la tarde cuando hay sermón.

2.º Una biblioteca de libros y revistas católicas que les suministre gratuitamente buena doctrina.

3.º Una caja de familia formada con los donativos de los miembros honorarios y con la colecta de cincuenta céntimos el día de la entrada y otros cincuenta mensuales.

La junta presidida por el Cura, administrará esta caja, mediante la cual, se facilitan socorros á los socios, cuyas necesidades manifiesta, y, en caso de enfermedad, médico y medicinas, y cuando mueran se les costea los funerales.

Esta Asociación de la Sagrada Familia, lejos de poner obstáculos á las demás asociaciones particulares, que es preciso formar en cada Parroquia,—como asociacio-

nes de hombres, de madres cristianas, patronatos, congregación de hijas de María, —las fomenta y prepara mejor sus miembros. Sin estas Asociaciones, á las cuales hay que añadir la Orden Tercera, una Parroquia está perdida.

El Estado no tiene que ver con estas Asociaciones, ni intervenir en sus libros de cuentas. Teniendo la Parroquia una existencia legal, todos los miembros que se unan á ella, gozan de existencia legal.

2.º—Obras de Catecismo.

Hé aquí la Obra de las obras, en la que deben emplear los Curas en sus Parroquias todo su saber y celo. La juventud es el porvenir de la Parroquia, de la familia, de la Iglesia, de la Patria y por el Catecismo, los Curas se apoderan de la juventud.

En las escuelas sin Catecismo y sin plegaria se asesina el alma de los niños; en las Parroquias donde se enseña el Catecismo se resucitan y se salvan.

Para que el Catecismo produzca frutos saludables, es preciso cautivar el espíritu, el corazón y el cuerpo del niño.

1.º *El espíritu*, exponiéndole las verdades católicas en términos claros como el sol, poniendo de relieve la verdad con com-

paraciones y ejemplos, que graben en su memoria las verdades católicas.

2.º *El corazón*, haciéndoles amable la virtud, mostrándose afable con ellos y corrigiendo sus defectos con dulzura.

3.º *El cuerpo*, cautivándolo:

a) *Antes del Catecismo*, haciéndole orar con mucho recogimiento, inclinando la cabeza y las manos juntas: esto es muy importante.

b) *Durante el Catecismo*, exigiéndole que permanezcan silenciosos, fijando los ojos en aquel que les explica la doctrina.

c) *Después del Catecismo*, al retirarse, hacer que hagan la genuflexión con reverencia, y que se retiren cantando cánticos piadosos á la Virgen, etc.

Para imprimir vivamente las inspiraciones en el alma, es muy útil servirse del gran Catecismo en imágenes.

Es muy útil también de hacerles escribir la explicación, hacérselas leer al comenzar el Catecismo, y premiarlos cuando lo hacen bien. No debe interrumpirse la tarea del Catecismo durante las vacaciones, tiempo tan peligroso para los niños.

Deben examinarse tres ó cuatro veces al año delante de todos sus padres, regalando premios á quienes contesten bien.

Por medio de los niños se conquista el corazón de los padres.

3.º—Obras para las necesidades corporales.

El alma de los sindicatos profesionales debe ser el Párroco. Los principales son: sindicatos agrícolas para proteger la agricultura, estableciendo para ello cajas rurales.

Socorros mutuos de obreros y labriegos, con sus correspondientes cajas para ayudarles y protegerles contra la usura.

Sociedades cooperativas, para asegurar la venta y buen precio de los géneros.

Huertos y casas de obreros, á los que se les da un pedazo de tierra por cuatro ó más años, durante los cuales se obliga cada familia á cultivarlo con cuidado; á no trabajar los Domingos y días festivos; á observar una conducta intachable; á apartarse de las casas de juego. Pasado este tiempo, si el obrero quiere comprar el pedazo de terreno con su casa, se le vende á un precio mínimo.

Panaderías económicas, donde el obrero encuentre pan sano y sustancial, barato ó gratuitamente mediante un bono dado por el Cura.

4.^a—Obras generales.

Las principales son las siguientes:

Congresos católicos en los que se trate de la acción católica.

Agencias diocesanas de obras de la buena prensa; obras sociales y de caridad.

Banco de San Pedro fundado en Roma y muy recomendado por los Emms. é Ilmos. Sres. Cardenales y Obispos, cuyo objeto es ayudar á la agricultura, al comercio y á las instituciones católicas.

Propagación de la fe. Asociación sacerdotal. Y por último, la Asociación de la Buena Prensa, la más importante de todas en estos calamitosos tiempos.

«El hombre no solamente vive de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios.» No basta darle pan y vestido; es preciso suministrarle ideas cristianas que le acerquen á Dios. El único medio de reformar las ideas antirreligiosas y antipatrióticas de muchos hombres que no van á la Iglesia y empujan la sociedad hacia el abismo, es el periódico.

Un buen periódico en una Parroquia, es una perpétua misión.

El ariete formidable con que nuestros impíos asestan golpes de muerte en el pecho de la Iglesia, es la calumnia. La masa popular completamente inculta, que desco-

noce la santidad y grandeza de la Esposa inmaculada de Cristo, que, á costa de su sangre la ha arrancado de las tinieblas de la más ignominiosa barbarie á la luz esplendorosa de la civilización católica, se le hará conocer la malignidad de los impíos y la santidad de la Iglesia mediante el periódico.

Otra de las más principales, es la Asociación electoral que tiene por objeto el sufragio universal, á fin de enviar al Parlamento católicos de fe arraigada y de acción política.

5.^a—Reuniones de hombres solos.

Ya lo hemos dicho en nuestra obra; si queremos atraer los hombres al amor de nuestra santa religión, es preciso reunirlos solos en la Iglesia, y hablarles al alma sobre temas de controversia católica: (Grandeza de Religión, su divinidad, la Religión engrandece y hace feliz al hombre; misión del hombre en la tierra; como no puede cumplir su misión sin ser religioso, etc.), temas que harán mucho bien en las almas.

NOTA: En la obra del P. Vicent, «*Anarquismo y Socialismo*,» podrá el sacerdote encontrar abundante materia acerca de esto y de las Obras de Asociaciones de que aquí no se trata ó se trata con mucha brevedad.—
N. del Traductor.



EL MAL Y SUS REMEDIOS EN ESPAÑA



(ESTE ARTÍCULO ES DEL TRADUCTOR)



I

Este pequeño libro, nada á propósito para arrancar del sistema nervioso esas sensaciones intensas que le arrancan los libros inspirados en el más grosero sensualismo, que siegan la vida en flor y siembran de cadáveres ambulantes nuestra frívola sociedad, pero sí suficiente para salvar al mundo si el Clero y el pueblo hiciesen de él su Código; escrito, quizás, bajo la inspiración de Dios, es un faro que Él coloca en la Francia revolucionaria, donde las olas de la impiedad son más enriscadas é hirvientes, para señalar á las naciones los escollos donde se estrellan cuantos se apartan de la fe, luminosa estela que tras de sí dejó Cristo para enseñarnos el camino del progreso, del honor y de la paz en la vida y de la felicidad en la eternidad.

Al terminar su traducción, hubiese solta-

do la pluma sin añadirle una letra, si, escrito en Francia y para Francia especialmente, no hubiese visto que faltaba en él, como era natural, una afirmación terminante de la gravedad de los males que padecemos, en lo que me permito fijar la mirada del benévolo lector, señalando la causa general de ellos, sin descender á pormenores, y su remedio.

Barcelona, desgarrada por el puñal homicida, tinta con la sangre de sus hijos, envuelta entre las llamas y el humo de voraces incendios; con sus calles llenas de hordas, que ensordecen los aires con sus feroces alaridos; con las puertas de sus casas y fábricas cerradas, y mudos los broncees de sus iglesias en señal de luto; con sus plazas abarrotadas de despojos y de cadáveres humanos, hacinados en repugnante y sanguinolento montón, es hoy el tema de todos los escritos y de todas las conversaciones, y la causa de todos los miedos y temores. Y, sin embargo, existe una anarquía mayor, más airada é insolente, más criminal y odiosa que la que ha pasado por Barcelona, dejando tras de sí ríos de sangre; anarquía en la que debiéramos poner los ojos cuantos anhelamos conjurar esa tremenda tempestad que se avecina, y de la que la matanza de los frailes en Madrid, á la que llama M. Pelayo orgía de canívaes, y el

Corpus de sangre de Barcelona (1) y la hecatombe de la Rambla de las Flores, y, últimamente, los hechos brutales que hoy lamentamos, no son más que relámpagos que la anuncian.

Esta anarquía airada, insolente, criminal é hipócrita es aquella de las *gentes de orden*, que es en España la de los que pretenden un orden social sin un orden divino, y una moral universal sin una religión divina, moral llamada por un célebre orador: «Verdadero comodín, dócil á todos los caprichos de la interpretación individual, inventado para cohonestar todos los desenfrenos de las inteligencias y todas las orgías del corazón»; anarquía funestísima y traidora, que, para no ser conocida y hacer prosélitos, se viste, á veces, de bellísimo ropaje.

Esta *culta* anarquía es mucho más temi-

(1) Acerca del Corpus de Sangre de Barcelona escribió Melo y lo confirmaron el P. Carrantoña y P. Fernández: «Muchos, después de muertos, fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror, que la naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasías; la crueldad era deleite, la muerte, entretenimiento; á uno arrancaban la cabeza (ya cadáver), le sacaban los ojos, cortábanle la lengua y las narices, luego arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre y en ninguna lástima, les servía como de fácil pelota; tal hubo que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que les sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.»

ble y funesta que la vulgar del populacho; porque ésta hace estragos grandísimos en el orden material, aquélla prodúcelos mayores en el espiritual. La acción de aquélla dura poco, porque la espada y el cañón la hacen impotente; mas la de ésta dura y es aplaudida por gente que se llama sensata. Cincuenta y siete templos reducidos á polvo es nada comparado con la perversión de un alma; y la anarquía de los petroleros sólo destruye templos é incendia conventos; mas la de los de levita y frac pervierte á las almas y encienden en los corazones el fuego del odio. ¡Ruinas del alma y del cuerpo, ruinas de la conciencia y del corazón, ruinas de la salud y de los sentidos, ruinas, sobre todo, de la inteligencia atrofiada, perturbada, destruida por la duda; ruinas del hogar doméstico, crueldades de los padres, deslealtades de las esposas, odios é insolencias de los hijos; ruinas de la sociedad civil, tiranía é injusticia en los que mandan y levantamientos y venganzas en los que obedecen.

Estos son los funestos estragos de la *anarquía de los de orden*, que, dueños y señores del Poder, usan y abusan de todos los medios que están al alcance de los que mandan para destruir, aniquilar y sembrar por todas partes la desolación y la muerte.

«Al ateísmo, dice M. Pelayo, correspon-

de la anarquía del Estado. El ateísmo es declaración de guerra entre la sociedad y la justicia; y quien la hace queda en la categoría de enemigo público y bajel armado en corso contra el orden social sin distingos de imperio ni forma de gobierno.»

«Negada la Providencia divina en la legislación civil ó política, ¿dónde buscar la razón y el fundamento del derecho?»

Según esto, los partidos liberales, sin distinción de *más* ni de *menos*, que, según declaración pública y solemne de ellos mismos, sostienen «que el Estado debe ser ateo» son enemigos públicos y bajeles armados en corso contra el orden social. ¿Qué diferencia hay de esto al anarquismo?

Pero no soy yo, ni el ilustre sabio, cuyas palabras cito, quienes únicamente afirmamos lo que dejamos dicho, al parecer duro y poco caritativo.

Leed las siguientes palabras de Laisante, miembro ilustre de la escuela radical.

«La apostasía política, hija del escepticismo, engendra el escepticismo á su vez y lo multiplica y lo generaliza en tales proporciones que existen en él grandes peligros, no sólo para nuestra generación, sino principalmente para las generaciones futuras. A fuerza de ver á hombres tenidos por honrados practicar actos de su vida privada, la gran mayoría de los ciu-

dadanos se contagia á su vez. Recibe de aquellos en quienes había puesto su confianza el ejemplo del escepticismo, y llega á seguirlo. Se le dice que los principios no son nada, que el interés lo es todo, y que la verdadera moral consiste en arreglar lo mejor posible sus negocios, sin preocuparse de los derechos del vecino, siempre que esto se haga sin caer en las redes del Código. Por este camino se llega pronto á negar la justicia, á negar la razón. Así, el día en que el mal social alcance una proporción considerabilísima, el día en que el exceso de la miseria haya hecho arraigar en el ejército innumerable de los miserables la idea de que por la habilidad ó por la fuerza se puede mejorar de suerte, no se vé en nombre de quién ni de qué se les podrá contener.»

Á nadie seguramente parecerá sospechoso el testimonio de este sabio.

Leed y meditaad seriamente estos pensamientos profundos del gran Aparisi: «Los Gobiernos liberales permiten que se prediquen todas las doctrinas, que se apadrinen todos los errores, que se ensalcen todos los crímenes políticos y religiosos.»

«¿Qué institución resiste al no interrumpido martilleo de la palabra dañosa, llevada á todas las regiones en alas de la prensa?»

Impedid la siembra y no germinará el fruto.

La mala palabra es la madre de la mala obra.

Las teorías no son estériles.

Cada error político que se propala, preñado va de una rebelión política.

Cada error religioso, de una rebelión política y social.

Gobiernos que permiten libremente su circulación, son criminales gravísimos. Piensan que los librarán las bayonetas. Las bayonetas no detienen las ideas.

El rayo pulveriza los más duros metales.»

¡Qué palabras! Ellas solas valen un libro! De todo lo cual se deduce que la raíz del mal gravísimo que padece España está en la anarquía del Estado, producida por el *ateísmo político* de los gobiernos liberales; y que para curar el mal radicalmente hay que concluir con estos gobiernos.

¿Cómo? Con la...

Unión de los católicos.

II

Al decir de un sabio, ni por la naturaleza del suelo que habitamos, dividido por

grandes ríos y altísimas montañas, ni por la raza, ni por el carácter hubiésemos formado jamás una gran nación.

«Sin ⁽¹⁾ unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de cultos, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma, tribu á tribu, ciudad á ciudad, hombre á hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta; pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe, ó más bien regocijándose de ella. Fuera de algunos rasgos nativos de selvática y feroz independencia, el carácter español no comienza á acentuarse sino bajo la dominación romana. Roma, sin anular del todo las viejas costumbres, nos lleva á la unidad legislativa; ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares; siembra en las mallas de esa red colonias y municipios; reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aún persisten; nos da la unidad de lengua; mezcla la sangre latina con la nuestra; confunde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros oradores y de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los exámetros virgilianos. España debe su

(1) M. Pelayo.

primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo.

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime: sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social.

Esta unidad se la dió á España el Cristianismo. La Iglesia nos educó á sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colectivas, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores: la hicieron los dos Apóstoles y los siete varones apostólicos; la regaron con su sangre el Diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribieron en su draconiano Código los Padres de Ilíberis; brilló en Nicea y en Sardis sobre la frente de Osio y en Roma sobre la frente de San Dámaso; la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico; triunfó del mani-

queísmo y del gnoticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano; civilizó á los suevos, hizo de los visigodos la primera nación del Occidente, escribió en las *Etimologías* la primera enciclopedia; inundó de escuelas los atrios de nuestros templos; comenzó á levantar entre los despojos de la antigua doctrina el alcázar de la ciencia escolástica, por manos de Liciniano, de Tajón y de San Isidoro; borró en el *Fuero Juzgo* la inicua ley de razas; llamó al pueblo á *asentir* á las deliberaciones conciliares; dió el jugo de sus pechos, que infunden eterna y santa fortaleza, á los restauradores del Norte y á los mártires del Mediodía, á San Eulogio y Álvaro Cordobés, á Pelayo y á Omar-ben-Hafsun; mandó á Teodulfo, á Claudio y á Prudencio á civilizar la Francia carlovingia; dió maestro á Gerberto; amparó bajo el manto prelaticio del Arzobispo D. Raimundo, y bajo la púrpura del emperador Alfonso VII la ciencia semítico-española... ¿Quién contará todos los beneficios de vida social que á esa unidad debimos, si no hay en España piedra ni monte que no nos hable de ella con la elocuente voz de algún santuario en ruinas? Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos *unos*, fué por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, á pesar de las aberraciones par-

ciales, á pesar de nuestras luchas más que civiles, á pesar de los renegados y de los *muladíes*. El sentimiento de patria es moderno: no hay patria en aquellos siglos, no la hay en rigor hasta el Renacimiento; pero hay una fe, un bautismo, una grey, un Pastor, una Iglesia, una liturgia, una cruzada eterna, y una legión de Santos que combate por nosotros, desde Causegadia hasta Almería, desde el Muradal hasta la Higuera.

Dios nos concedió la victoria y premió el esfuerzo perseverante, dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor, y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramal fué á prender á tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquella de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era ó se creía el pueblo

de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe bastante para derrocar los muros al son de las trompetas, ó para atajar al sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas báltavas, con la espada en la boca y el agua á la cinta, y el entregar á la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebatava la herejía.»

La unidad religiosa nos constituyó en gran nación y sostuvo durante siglos nuestra grandeza y nuestro prestigio en todo el mundo, hasta que políticos afrancesados rompieron en 1854 la unidad religiosa con la sanción sistemática de las modernas libertades, llamadas con propiedad, libertades de perdición.

La desamortización, como queda dicho en las págs. 39-47, formó un formidable ejército de soldados que vendieron sus con-

ciencias á la revolución y al liberalismo. Y la ruptura de la unidad religiosa debilitó notablemente la energía de las huestes católicas, que no pudieron resistir el empuje del ejército enemigo. Esto es todo.

A la desamortización, pues, y ruptura de la unidad religiosa se debe que el vicio y la anarquía anden en España con la frente erguida; que nuestra querida patria, antes tan respetada y temida, sea hoy el ludibrio de las naciones, y vaya perdiendo poco á poco su vitalidad. ¡Pobre patria mía!

Dice un escritor que: «No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación», pero yo creo que para España vendrán, que para ella tiene Dios preparados otros siglos de oro más aquilatado que los áureos de Carlos V y Felipe II; que esos siglos vendrán porque el Corazón Deífico de Jesús reinará en España, y España se preparará para recibirle con la riquísima púrpura que ella vestía cuando daba leyes al mundo.

Dios sólo espera para dárnoslos, á que los católicos se unan y formen huestes invencibles.

¡Católicos! ¡Dios y España piden que nos unamos.....!

Ante el ruego amoroso y las súplicas de nuestro Dios y de nuestra patria, cesen toda diferencia, todo resentimiento y todo recuerdo de nuestras pasadas lides.

¿Habrán católicos que, viendo ultrajado públicamente á su Dios é insultados sus ministros, y atropelladas sus esposas, y quemados sus templos, y á nuestra querida patria empobrecida, no se olvide de todo, aún de sí mismo, para no pensar más que en la gloria de Dios y de su patria, aunque en la demanda peligre la vida?

Dios y España piden á los católicos que se unan.... ¡La unión de los católicos en España es un sagrado deber!

* * *

Aquí vendría bien responder á esta importante cuestión: ¿cómo se llevaría á feliz término esta unión?

Mas ha parecido mejor no decir nada, pues, como sucede de ordinario, con escribir sobre este tema se ahondan más los abismos que separan á los católicos en política.

El que desee saber, con seguridad, á qué atenerse, vea las Normas del Emmo. Sr. Cardenal Aguirre, Primado y gloria de España, y lea la monumental obra del Ilmo. Sr. Obispo de Jaca «El Clero en la Política», escrita con el celo del Apóstol y el soberano desinterés del Mártir que no desea se le abran otras puertas que las del Cielo.

ÍNDICE

	Pág.
Aprobaciones	4
Una palabra á nuestros lectores . .	7
Los sucesos de Barcelona y un libro providencial.	11
PRIMERA PARTE.—El mal.	
¿Ha perdido el Clero su influencia en el pueblo?	21
SEGUNDA PARTE.—Causas.	
Causas directas.	32
Causas indirectas.	47
TERCERA PARTE.—Remedios.	
EL SACERDOCIO CATÓLICO.—Su grandeza, misión, realeza é influencia social.	
72	
Los cuatro remedios de que debe servirse el Sacerdote	81
¿Cómo debe servirse de ellos? . .	100
CONCLUSIÓN DE NUESTRA TESIS	
Lucha suprema	120
León XIII y Pío X.	127
San Francisco de Asís	132
El Sacerdote y el Soldado.	139
APÉNDICE.	
Asociaciones populares.	145
El mal y sus remedios en España. .	153

Fe de erratas.

Las principales son además de otras pequeñas que fácilmente corregirá el lector, las siguientes:

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
5	24	oporna	oportuna
12	4	sobran las comillas.	
17	5-26	faltan las comillas.	
61	31	drofesa	profesa
63	10	pueden	puede
70	17	habentem	habentes
74	12	recibir	participar



PROHIBIDA LA REPRODUCCION

file 29110163

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BX María Antonio, Father
1913 El clero y el pueblo
M318

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 15 03 07 004 4